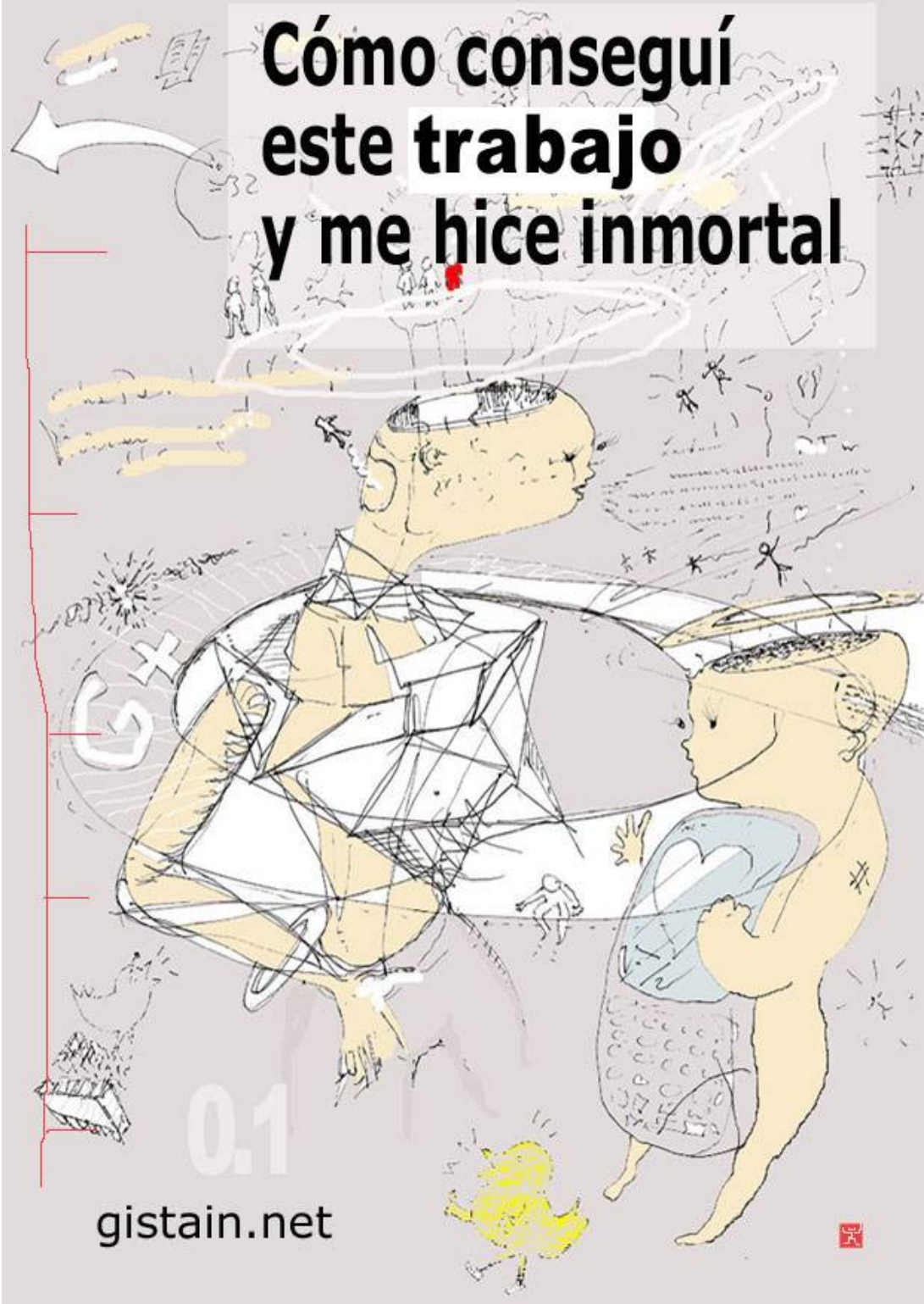


Cómo conseguí este trabajo y me hice inmortal



gistain.net

Cómo conseguí este trabajo y me hice inmortal

Mariano Gistain

gistain.net

Segunda Versión

11-11-2011

Primera versión

27-9-2011 (Por error ponía 27-11)

Notica Editorial: El capítulo 8 ha sido escrito por K

1 Cuento perdido

Ayer me encontré en la calle a la persona que una vez nos encomendó a mis socios y a mi una curiosa misión. En aquel momento, hace treinta y dos años, manteníamos una agencia de comunicación y servicios: el nombre quería reflejar la variedad de ocupaciones que desempeñábamos en nuestras interminables jornadas; eran momentos difíciles y teníamos que trabajar mucho para llegar a fin de mes así que el apelativo “servicios” con que rematábamos nuestras tarjetas de visita comprendía cualquier gestión que un cliente pudiera demandar y otras que ofertábamos a cualquiera que se dignara mostrar interés.

Pese a la ambición de nuestro catálogo nos extrañó el singular encargo que nos hizo la persona que ayer volvió a cruzarse en mi vida (o yo en la suya). Nos propuso un trabajo tan original que, aunque hace años que traspasamos la empresa, siempre que mis antiguos socios y yo volvemos a encontrarnos terminamos recordando aquel curioso servicio que, sin embargo, y sin que supiéramos muy bien por qué, jamás consignamos en los archivos ni en los libros de contabilidad.

Ayer, al encontrarme por la calle con la persona que nos encomendó aquella misión la reconocí enseguida. Nos saludamos con esa remota

cortesía que se dispensan los supervivientes a los que solo vincula un fugaz comercio o ese reconocimiento mutuo de haber resistido las décadas en un apacible olvido mutuo. Los años habían pulido las aristas de su rostro; se había difuminado cierta avidez, acaso la ansiedad que clausura la juventud, al tiempo que se había acentuado aquella luz natural que ya me impresionó la primera vez que se presentó en la vieja oficina de la calle Costa en la cual ejercimos de detectives, de periodistas y, al menos eso quiero pensar, ayudamos a algunos clientes no sólo a encauzar sus negocios sino también –a menudo era lo mismo– a enderezar sus destinos y, en algunos casos, a salvar sus vidas. Pero, como digo, ninguno de aquellos trabajos, por extravagantes que fueran, nos marcó tanto como el encargo que nos hizo esta persona.

A pesar de no tener nada de que hablar, y a pesar de que evitábamos expresamente mencionar aquel asunto, o lo orillábamos sin atrevernos a nombrarlo –como si hubiéramos cometido algún delito–, algo nos impedía separarnos. Estuvimos deambulando por las calles del centro, las mismas en las que, treinta y dos años atrás, nos habíamos conjurado en torno a una encomienda cuyos flecos, o cuyos tentáculos, parecen cernirse y moldear el presente. Pensé que podía ser una de las trampas que nos tiende la nostalgia. Al fin le pregunté:

–¿Qué pasó con el cuento?

–Oh –exclamó con alivio–, no ganó el concurso, pero hasta ahora se ha cumplido todo... como una profecía.

No sabía a qué se refería. En aquellos años todo lo hacíamos de prisa, siempre había que estar en otra cosa. Si de algo tengo conciencia en esa época alocada que apenas se condensa en un punto dentro de mi cabeza, es del vértigo. Quizá ese cuento del que, una vez vencidos los miramientos, estábamos empezando a hablar, era lo único que había sobrevivido al ajetreo y la ansiedad. Me preguntó:

–¿Lo llegó a leer?

–No lo recuerdo –mentí.

–Durante estos años siempre he pensado –prosiguió– que usted, o ustedes, no pudieron aguantar la curiosidad... Y que, al leerlo, quebrantaron nuestro acuerdo, nuestro contrato, e impidieron que ganara el premio...

Quise protestar, pero prosiguió con vehemencia, quizá con rencor:

–Digamos que el cuento llegó ya usado, leído, a manos del jurado.

–Siento que no ganara –dije tratando de esquivar su argumento pues, a pesar de lo retorcido y esotérico del comentario, me dolió tanto que sentí que no le faltaba razón.

–Y le diré más –añadió, como si hubiera estado aguardando durante décadas para liberar este agravio ya irreparable–, al leer el cuento, ustedes alteraron la realidad.

La misión que aquella persona nos había encomendado consistía en comprar un cuento para ganar el premio de un prestigioso concurso de relatos. He sido una persona práctica y nunca he vivido sucesos dignos de mención; sin embargo, todo lo que rodea este asunto del cuento que ahora

sé que no ganó el premio lo he vivido siempre –porque es algo que sigue conmigo– con una gran intensidad.

Sin saber por qué, estas sensaciones, infinitamente leves y agudas, como agujijones o alfilerazos que provenían del cuento, me llenaban de satisfacción. Acaso sentía que todos aquellos años, o (por qué no reconocerlo) toda mi vida, tan acelerada y vacía, tan susceptible de ser comprimida en un punto invisible, adquiriría un sentido y un significado al formar parte de esa peripecia que bajo el pretexto de una gestión, de un simple trabajo –encargar la redacción de un cuento– había desembocado, o estaba desembocando, quizá en ese mismo momento, en una especie de culminación o en la antesala, todavía confusa, embrionaria, de un hallazgo definitivo. Me preocupaba que se me escapara algo porque sospechaba que en esta conversación callejera se me estaba ofreciendo una última oportunidad. ¿Para qué? Me daba igual. Eso era lo más extraordinario.

–No se preocupe –contestó ruborizándose un poco–, lo del premio era lo de menos.

–Pero ése era el objetivo –insistí–, ganar el concurso literario.

–Mi padre –añadió con cansancio–, murió antes de que se hiciera público el fallo del jurado.

–Lo siento –dije.

–Falleció sabiéndose ganador y, por lo tanto, con esperanzas de ser inmortal. En ningún momento dudó de que el cuento, que él creía suyo y mío, iba a alzarse con el premio.

Aquello me devolvió a la realidad. Pensé que había sobrevalorado el poder de un mero relato, unos miles de palabras ordenadas... Pero entonces, ¿por qué esta persona acababa de decir que era "profético"? ¿Por qué no podíamos separarnos, o dejar de hablar de aquel relato que no mereció ni una línea, ni una triste mención en el veredicto del jurado?

Nos había encargado que compráramos un cuento ganador para poder ofrecerle ese éxito a su padre y disfrutarlo con él. Nos explicó que siempre habían escrito y dibujado a medias y que compartían la ambición tácita, nunca enunciada en voz alta, de triunfar como escritores. Según matizó el día que nos hizo el encargo, era su padre quien alimentaba especialmente esa ilusión de que ambos se consagraran literariamente, aunque fuera con un único escrito: un cuento bastaría. Citó a Rulfo –del que su padre, según dijo, era fiel admirador–, para ilustrar la posibilidad de alcanzar esa inmortalidad con muy pocas obras.

La persona que vino a la agencia a encomendarnos que adquiriéramos un cuento ganador, la misma con la que yo rememoraba aquellos hechos treinta y dos años más tarde, nos confesó que carecía de dotes y de paciencia para alimentar ese fuego sagrado que, para su padre ('un hombre de negocios'), era lo más importante a que se podía aspirar en la vida: ser escritor. Yo creí intuir que de veras compartían ese anhelo, (y lo recuerdo muy bien porque entonces les envidié esa pasión, y siempre he tenido mucha memoria para mis envidias, quizá porque no he sufrido demasiadas y, una vez amansadas por el tiempo, me puedo permitir coleccionarlas como si fueran objetos inofensivos); entonces me pareció evidente que a la

persona que venía a contratar la materialización de aquel sueño, a pagar para que se hiciera realidad, el pudor no le permitía reconocer en voz alta que también era *su* sueño.

En todo caso el trabajo entrañaba alguna dificultad para nosotros que carecíamos de experiencia en esos negocios; y había que llevarlo a cabo con discreción: buscar a un escritor apropiado, un *negro*, encargarle el cuento, que se ajustara a las condiciones para ganar el premio y, en la medida en que fuera posible, para que sus autores pasaran a la posteridad, o al menos pudieran deslumbrar a sus contemporáneos. (Entre los requisitos que complicaban el trabajo el más original era que el escritor secreto debería firmar un contrato de confidencialidad renunciando expresamente a su autoría, lo cual, tal como le hicimos ver en su momento a esta persona, era una curiosa forma de reconocerla).

Aunque no le preguntamos nada, la persona que nos hizo el encargo, y que insistió en pagar por adelantado –quizás para no tener que volver a vernos–, explicó que su padre había empezado a deteriorarse y que ya no disponían de tiempo ni de ánimo para ponerse a escribir, a realizar su sueño compartido.

Encontrar al escritor que quisiera hacer un trabajo rápido con esas condiciones y renunciar a su firma fue más sencillo de lo que habíamos supuesto. A las primeras pesquisas descubrimos que había una amplia y variada oferta de profesionales que se dedicaban a ese oscuro cometido con tal de poder cobrar al contado. No había género o especialidad para la que no se pudieran encontrar varios escritores dispuestos a realizar un

trabajo como el que solicitaba nuestro cliente. Si se proporcionaba un anticipo, nos aseguraron que la velocidad de respuesta podía ser vertiginosa. Y la calidad, excepcional. Según pudimos averiguar, nuestra ciudad brillaba muy alto en esta especialidad si bien, al ser una industria clandestina, no permitía el lucimiento que adornaba las firmas de sus mejores clientes. Pero en los círculos profesionales los éxitos secretos constituían un permanente motivo de orgullo (a la vez que procuraban momentos de discreto regocijo).

Decidimos encargar el trabajo a un escritor de cierto renombre local entre los iniciados ya que había publicado al menos una novela con su firma, aunque nos confesó que sus ingresos regulares provenían de esta actividad anónima. Yo había devorado aquella novelita suya con fruición y me decepcioné al descubrir que aquel mundo maravilloso de las palabras que yo idolatraba se reducía a pactar una cantidad de dinero y unas fechas; el cinismo con que aquella persona trataba de algo que yo, acaso sin que hasta ese momento hubiera sido muy consciente de ello, había situado en un altar, me dejó una herida que ya no se cerró nunca; desde aquella entrevista *comercial* con quien casualmente había sido uno de mis escritores inaugurales no he vuelto a leer un libro con aquel temblor, con aquella ingenua devoción. Desde entonces, cada vez que abro un ejemplar he de contenerme para no calcular cuánto habrá costado cada línea, cada letra... y quién las habrá escrito realmente.

Pactamos las condiciones y el autor entregó el trabajo dos días antes del plazo acordado. Pero, según acababa de enterarme por boca de la misma

persona que nos había contratado, aquel cuento asombroso no ganó el premio ni siquiera mereció un accésit del jurado, ni una mísera línea. Ahora sentía que aquel fracaso alcanzaba a toda mi carrera y que, de alguna forma, la empañaba retrospectivamente. ¿No podíamos haber intentado algo más para asegurar el resultado? Con la de excesos que habíamos cometido en defensa de nuestros clientes (o en su busca), sentía que haber influido de alguna manera en la decisión de aquel jurado hubiera sido lo mínimo que nos debíamos a nuestra propia autoestima profesional que ahora, al paso de las décadas, se veía súbitamente empañada. ¿Quizá nos habíamos ablandado? ¿Nos despistamos porque era un sector en el que éramos novatos? He de decir que la persona que nos contrató nunca llegó a sugerir o a insinuar que traspasáramos los límites de nuestro pacto. Me dolía tanto aquella desidia, el haber abandonado aquel precioso cuento a su suerte —quizá a las envidias o a los favores e influencias de otros concursantes menos timoratos— que decidí, mientras caminaba con aquella persona, convocar a mis ex socios y reabrir el caso. (Quizá —pensé— en aquella ligereza encontraríamos la semilla de por qué nuestras vidas se han ido arrumbando en silencio).

Mientras yo me reconcomía con estas nimiedades (pero, ¿por qué me importaban tanto?), la persona que en su día nos pagó religiosamente, seguía charlando a mi lado. No nos reprochaba la derrota, pero sí insistió en que al leer el original contraviniendo lo pactado, lo habíamos desbaratado todo. Es cierto que la victoria habría sido inútil porque su

padre, aquel a quién –según decía– iba destinado ese premio, ya no estaba en este mundo para recibir la gran noticia. Pero eso no me consolaba.

Me explicó que le había hecho creer a su padre, ya enfermo, que el cuento lo habían escrito a medias. Incluso le añadió algunos detalles que sólo ellos podían conocer: pinceladas familiares que, al leérselas al anciano, le hicieron brotar las lágrimas por primera y última vez en su vida. Quizá –pensé mientras me lo contaba ayer, deambulando por las calles del centro–, fueron precisamente esos cambios los que impidieron que el relato (cuyas palabras resonaban en mi interior evocando un mundo maravilloso), ganara el concurso. Como si me adivinara el pensamiento aclaró, sin mucho énfasis, que aquellos añadidos con referencias familiares sólo los había incorporado a la copia que se quedaron en casa. El original fue remitido al concurso “tal cual” se lo entregamos desde la agencia.

Desde la tarde en que llegó el cuento a mis manos y lo leí en la penumbra culpable de los visillos de la oficina sabiendo que cometía una falta y que quebraba la confianza de la persona que nos había contratado, no he hecho otra cosa que intentar vivir en el diáfano esplendor de sus líneas, en la atmósfera única que entendí aplazaba mi propia, plácida, muerte.

2 Bar de escritores

Ahí veo a Borges, a Josep Pla, a tantos otros, en un casino de pueblo, con los balcones abiertos. Obedeciendo a un gesto suyo me siento con el escritor que hace treinta y dos años me vendió el cuento en el que desde entonces ha transcurrido mi vida, o me ha ayudado a vivirla.

Así gira la rueda de las inmortalidades; siempre hay alguien que, al encaramarse a sus radios la hace girar e impulsa otra media vuelta.

—No se qué es la muerte, esto es solo una estación de memoria, donde ustedes, los vivos, nos invocan y nos mantienen. Yo desperdiicé mi vida en ganar dinero, necesitaba mantener a la familia y escribir era mi único oficio. Como usted sabe dediqué mis mejores horas y mi mayor talento a escribir de *negro*, por encargo. Y esas obras obras que hubiera querido firmar con mi nombre —y alguna que para mi desgracia firmé—, creo yo, se resintieron de este hurto permanente: las mejores ideas, las frases perfectas y los personajes inolvidables me proporcionaban el sustento. Pero siempre pertenecían a otros. Nacían siendo de otros. Cada vez que me sentaba a escribir algo para mí, para llegar a este bar donde los lectores, con solo pensarlos o leer sus obras, sostienen en vilo a sus escritores de cabecera, cada vez que me salía algo bueno, lo destinaba a la venta. Todo se lo tragó el mísero vivir. Si volviera, lo haría de otra forma. Creo que fue Borges, ahí

lo tiene sonriendo en esa mesa, quien dijo que solo se arrepentía de una cosa: de no haber sido feliz.

Borges y Kafka, leyendo juntos un periódico.

—Usted ha venido, según dice, a buscar aquel cuento, a indagar algún cabo suelto que se quedó perdido en aquellos años, magníficos de fuerza y juventud; le recuerdo entrando en mi oficina, un semisótano con vistas a los pies de los transeúntes. Venía usted pletórico y alocado, dispuesto a comerse el mundo. Me habló de sus lecturas, como para hacerse perdonar el haber venido a comprar un cuento. ¡A mí, que estaba deseando vendérselo! Si hasta había leído cosas mías.

(—Quiero saber por qué no ganó —digo—, creo que no hicimos lo suficiente).

—¿Sabe por qué estoy yo aquí, en el bar de los escritores inmortales? Por usted. Su recuerdo es el único que me mantiene en esta estación intermedia. Todos descubrimos, tarde o temprano, que lo que llamamos triunfo se reduce a esto: seguir viviendo en la memoria del mundo, de unas pocas personas, quizá de una sola: aunque un solo admirador es poco sustento. Si usted, mi único fan, se distrae de mí, no podré seguir en este bar. Siempre que alguien lee o recuerda algo nuestro, una línea, una frase, podemos entrar a este selecto club, charlar con los compañeros a los que tanto admiramos... en cierto modo, seguir viviendo. Quizá no parece gran cosa desde fuera, desde la vida, que está llena de alicientes. Le puedo asegurar que no hay nada mejor que esto. Este bar es mejor que la vida

(aunque claro, quién desdeñaría volver). Ver a Borges, ver a Rulfo... Escucharles platicar.

(A veces entra alguien para desaparecer al momento: una aparición fugaz, quizá alguien que ha tenido un fan efímero).

—Aquí un vivo solo puede entrar por invitación. Yo le he invitado a usted, que es mi único lector consciente y, por tanto, el único que me otorga esta suerte de permanencia en el Parnaso. Hay quien lee mis obras firmadas a nombre de otros autores —fueron tantas que ni yo mismo las recuerdo—, pero al leerlas o al citarlas están invocando y dando vida a esos autores que estamparon su firma en mis escritos; ya sé que puede parecer injusto perpetuar ese fraude, pero los nombres son sagrados y prevalecen y atraviesan las eras y trascienden el tiempo y los espacios; a fin de cuentas todo son letras, usted y yo estamos hablando y viviendo en un universo compuesto por letras, somos alfabeto... Quizá solo alfabeto. Y esta ensoñación, palpable y audible, registrable y archivable, esta realidad que a usted le parecerá un sueño, es una galaxia de letras, un almacén de memoria que se reescribe indefinidamente.

Yo le he invitado a venir más para agradecerle que con su recordar me mantenga ‘vivo’ que para responder a sus preguntas sobre aquel cuento que, en definitiva, es el responsable de este momento y, quizá, de nuestras vidas, o de una gran parte de ellas. ¿Qué seríamos sin el cuento?

Ha de saber que el tiempo de su visita es limitado, usted no puede estar en este bar indefinidamente. Ellos, los escritores de renombre, los que permanecen aquí por la fuerza de miles o millones de personas que

continuamente se inspiran en sus textos y los tienen presentes –y que, a su vez, de alguna manera viven en ellos, en sus obras–, ellos, los grandes, podrían invitar a alguna persona y ese lector, o ese ser querido, podría permanecer aquí indefinidamente, sin preocuparse. Esa potestad la tienen precisamente porque esas legiones de admiradores –Dios Santo, qué envidia–, les mantienen aquí, en vilo. Pero yo solo asisto a este bar del paraíso, vergonzante huésped de segunda fila, por usted, por la perseverancia de mi único fan. Puede comprender que si yo le hago venir, si yo le invito a usted al bar tal como he hecho ahora, nadie me sostiene a mí, y los dos estamos en el aire, un poco por inercia, por una cierta demora quizá mecánica o por la piedad del mundo de las letras, que nos concede una pausa, un aplazamiento, hasta que se reajusta y todo vuelve a su sitio, cada cual a su mundo, o a ninguno. Por eso le digo que esta entrevista tiene el tiempo contado, y quizá estamos ya traspasando esa imposibilidad o abusando del margen piadoso que el universo cede a veces a los pobres o, en mi caso –que quizá empieza a ser el suyo–, a los escritores que nunca llegamos a triunfar.

Lo curioso es que ellos, los consolidados, los que viven en el Parnaso por derecho propio, por el vigor de sus audiencias y la vigencia de sus obras, no suelen invitar nunca a nadie. ¿Para qué, si ya están entre iguales? Ellos, que podrían mantener aquí a sus visitas indefinidamente, no lo hacen. Creo que tienen un pacto tácito, pues los fieles de uno acabarían por importunar a los demás y se formaría un tumulto como en un hospital, pero no estoy muy seguro.

Hay otra cosa: mientras usted charla conmigo, o escucha y asiente a mi monólogo, su vida habitual no funciona, está suspendida. De manera que no podría atender al teléfono, aunque nadie le habrá llamado en este rato. He comprobado que estas realidades intermedias no rigen solo para los escritores, y usted mismo sabrá que los seres queridos que ya fallecieron, sus padres quizá, siguen existiendo en tanto usted –y quizá sus hermanos u otros allegados– los recuerdan y los nombran. Ellos podrían invitarle a su bar, por decirlo así, a usted o a cualquier persona. Pero nadie lo hace. Se conforman con presentarse en nuestros sueños. Creo que es porque la muerte avergüenza mucho a los humanos, da un pudor terrible morirse (acaso porque la muerte, en vida, está muy mal vista) y algo nos impide importunar a nuestros vivos desde este depósito de memoria que, a fin de cuentas, tampoco es la muerte. (Y quizá yo no soy yo, sino una efusión de usted; y quizá estos grandes escritores tampoco sean ellos, sino las proyecciones de sus lectores).

Ahora debe irse, ha de concluir su visita porque, como le he dicho, si usted no me sujeta en este lado –y no puede hacerlo porque está conmigo–, yo me desvaneceré... Y para usted sería terrible que ocurriera eso, porque entonces no podría volver a la vida, a su vida normal. Tendría que permanecer aquí indefinidamente –acaso la eternidad–, y nunca podría morir ni estar muerto. Hay aquí varias personas a las que les ocurrió eso, y su presencia tristísima es lo único que enturbia este apacible lugar (quizá ese albur es lo que impide que los grandes inviten a sus seres queridos: ¿y si de repente ya nadie estuviera leyendo sus obras, si sus admiradores les

hubieran olvidado y solo permanecieran aquí por el tesón de una o dos personas? ¿Cómo saberlo?). Ya ve que no parece haber ningún rincón donde reine la paz absoluta, todo tiene alguna pega. Váyase mientras estemos a tiempo... Y por favor, no me olvide, estoy en sus manos; de momento usted es mi inmortalidad. Sospecho que estas indagaciones suyas sobre el cuento que nos da la vida le servirán para escribir algún artículo. Hágalo bien, escriba con cuidado, si es necesario recurra a un profesional, si le abandonan las fuerzas o la inspiración o no sabe por dónde seguir, contrate a uno de mi oficio, hay algunos muy buenos (y aquí me hace una recomendación) pero, por Dios, asegúrese de que ese artículo, sea lo que sea, ese párrafo, el título, una idea... se queda en la imaginación y en la memoria de las gentes, de los lectores. Consiga que le citen y que le copien. Eso le salvará a usted... y me salvará a mí. Y podremos encontrarnos de nuevo en esta mesa, en este bar del paraíso de los escritores, con el respaldo de aquellos que nos lean y de aquellos que, al invocar nuestros nombres, nos sostengan en vilo y nos alejen del frío de la muerte y el olvido.

3 NOTAS

1

Antes de despedirme, el hombre que nos vendió el cuento, que se llama Enrique Gómez, me ha confesado que él no lo escribió. Tenía miedo de decírmelo: pensaba que yo, al saberlo, me decepcionaría y dejaría caer su nombre en ese abismo dentro de la muerte que es el olvido.

—Creo que salieron ganando con el trato —me ha dicho—, han pasado más de treinta años y seguimos hablando de ese cuento y, en mi caso —y me temo que en el suyo—, viviendo de él y, en cierto modo, dentro de él.

El escritor aprecia esa perseverancia mía que le permite seguir viviendo, o semiviviendo, en el bar de los grandes; me propongo buscarle un admirador de repuesto, un suplente para cuando yo falte o mi ánimo decaiga: un solo admirador es poco sostén.

Apunto: buscar su novelita que leí en mi adolescencia. El escritor, tal como ha dicho, quiere ser conocido y permanecer en el bar con el nombre que la firmó: Enrique Gómez.

(Sabiendo que en esa posteridad que acabo de vislumbrar se perpetúa la impostura de las firmas falsas y ni siquiera allí se desvelan los nombres de los auténticos autores, ¿qué le impulsó a Enrique a confesar que el cuento no era suyo? ¿Quién podría haberle reclamado la autoría?)

2

Sé que no he estado en un espacio intermedio entre la vida y la muerte –¡y menos en un bar que frecuentan escritores ya fallecidos!–. Decido que esa secuencia ha sido un sueño o un delirio. Esta interpretación –la única posible–, presenta un problema:

3

El escritor anónimo o clandestino que me recomendó Enrique Gómez durante el sueño, existe: he encontrado enseguida su número, ha atendido mi llamada y he solicitado una cita con él. Lo llamaré Pedro Santos.

Concluyo que no es improbable soñar el nombre de una persona desconocida; acaso había oído hablar de él, o lo había leído en alguna parte y mi subconsciente, entregado a esta investigación, ha volcado ese nombre –Pedro Santos– durante un sueño y lo ha puesto en boca de Enrique Gómez.

(Sería más económico, y más elegante, reconocer que he estado en el bar de los escritores, sea lo que sea ese lugar, pero no me atrevo. Quizá estoy muerto, y estas líneas –como yo mismo– vienen de algún depósito de memoria intermedio. Una percepción avalaría este argumento: el futuro ha dejado de inquietarme).

4

No sé qué me impulsa a seguir investigando el paradero del cuento. Intuyo que la propia indagación ofrecerá alguna respuesta. Lo único que sé es que no puedo evitarlo. No es algo premeditado ni atiende a razones: surge del encuentro fortuito –si existe el azar– con la persona que nos encargó el cuento hace treinta y dos años. Mi vida ha sido un preámbulo de este día.

5

Mis ex socios no quieren saber nada de esta pesquisa. Incluso les ofende que les mencione. Esta Nota 5, pues, deberé eliminarla de la versión definitiva, excepto que encuentre otra solución. Les ha molestado que pretenda reabrir el caso del cuento comprado para ganar un concurso (que a veces hemos recordado con cierto jolgorio).

Y eso que no les he dicho nada de la entrevista que he mantenido en sueños con el escritor.

La reacción me parece muy extraña, y aún más que sea compartida: ellos, que nunca han estado de acuerdo en nada, se pronuncian ahora con unanimidad. En todo caso, el hecho de que me hayan prohibido casi con amenazas que sus nombres aparezcan en cualquier escrito relacionado con el cuento, me lleva a:

6

Convertirme en *negro*

Enrique Gómez me recomendó que si quería redactar estas notas buscara un escritor sin nombre (por eso me facilitó la referencia de Pedro Santos). La postura intransigente de mis ex socios me obliga a hacer lo contrario: buscar a alguien que firme estas notas. Todo son ventajas: yo no puedo dejar de escribirlas, pero me da igual quién las rubrique. Dado que las voy a escribir y que los ex socios, aun sin sus nombres, tienen que aparecer –han aparecido ya–, lo mejor será que el informe lo firme otra persona: si se publica, tal como pretendo, nadie podrá asociarlo conmigo y ellos nunca se enterarán de que emergen como anónimas presencias o figurantes de un recuento de azares perdido en unas notas a pie de página.

7

He encargado a un amigo que encuentre un ejemplar del cuento original. Los datos: el premio literario –que ya no existe, al menos con ese nombre–, las fechas, las instituciones que lo convocaron, etc.

8

Decido ser sincero con el escritor clandestino de mi sueño: Pedro Santos. La mejor manera es enviarle lo que he escrito hasta aquí. Lo hago.

4 Pedro Santos

A los cuarenta minutos de haberle enviado el manuscrito ha llamado Pedro Santos. Era la segunda vez que nos oíamos las voces y la suya me ha producido un malestar físico, una aflicción: he sabido que no debía ir a esa cita.

He acudido en un taxi a la cafetería que me indicaba, en un barrio donde la ciudad, en tiempos, se confundía con los primeros polígonos industriales que ahora despliegan sus interminables naves abandonadas. Es la ciudad de cinc que anticipó Ignacio Fortún. (Me pregunto si este regreso a unas décadas congeladas no será otro fenómeno como el bar, pero el resto de la ciudad es la de siempre).

Pedro Santos es un hombre atractivo, de unos treinta y cinco años, vestido con ropa cara, un poco antigua, que parece recién estrenada.

—Me gusta el nombre ficticio que ha inventado para mí —dice sonriendo—, le agradezco su discreción.

Intuyo que hay alguien más, que estoy hablando con un sicario o un avatar; adivino que Santos ha de esforzarse el doble que cualquier otra persona para existir (o que él lo siente así); quizá es un prejuicio mío, un lapsus autobiográfico.

–Me he permitido reenviar su texto –dice– a una persona cuyo nombre, de momento, no voy a desvelar. Si accede a conocerle, se lo haré saber, o ella se pondrá en contacto con usted.

Su nariz se tuerce bruscamente hacia un lado, pero este rasgo solo se aprecia cuando lo miras desde el eje frontal; en cualquier otro ángulo nada empaña la armonía de su rostro. Él sabe que es un hombre cubista, pues rehuye el cara a cara.

No estamos consumiendo nada. El bar está tan desierto como las calles que conducen hacia él. El camarero, o el dueño, permanece inmóvil leyendo en el mostrador. Me pregunto si es otro bar metafísico. (Quizá hace demasiado tiempo que no salgo de casa). Pedro no pierde el tiempo:

–Ese cuento –dice eligiendo las palabras– que usted busca pertenece a los escritores secretos de Zaragoza. El hombre con el que se ha visto, aunque sea en sueños, y que le ha facilitado mis datos, nos habló tanto de él...

–Enrique Gómez –digo.

–Sí –dice–. Creo que algunos, entre los que me cuento, tenemos miedo de encontrar ese original, tememos que el texto pueda ser inferior a su leyenda y nos decepcione. Y ahora llega usted, que no tiene nada que ver con el gremio, y resulta que lo ha leído. ¿Es cierto lo que pone en el texto que me ha enviado, es cierto que leyó el cuento?

–No –miento, obedeciendo a un súbito instinto que me seca las palabras. Es como un aviso de supervivencia, una alerta: simple miedo físico. Aunque comprendo que mi respuesta resulta absurda porque

contradice el texto que él acaba de leer, me siento a salvo parapetado tras la negación.

–No le creo –dice Santos.

Una agudísima sensación de estar en peligro me mantiene con los sentidos afilados. Presiento que una vocal equivocada me llevará a la muerte (una muerte peor que la que me viene rondando, más irreversible y dañina).

A Pedro Santos ya no le preocupa que le vea la nariz de frente, incluso podría estar exhibiendo deliberadamente su cartílago rebelde. Enseguida se contiene.

–Disculpe mi vehemencia –dice–, pero lo estoy pasando mal. Esta profesión es durísima; cada día vendes tu alma desde las sombras. Nos condena a una vida oscura; a menudo, ni la propia familia sabe a qué nos dedicamos aunque también, y tal vez por eso mismo, es un oficio que se hereda de padres a hijos.

–Como una secta –digo.

–Algo así –responde sin escucharme, pues su móvil le reclama–, me disculpa...

Se levanta y se dirige hacia la puerta. La conversación se prolonga. Me acerco a la barra, pido un café y hago como que leo un periódico. El barman no se inmuta. Sería la primera vez que alguien me atiende en un bar. Nunca he sabido existir.

5 Linda

Linda me hace pasar a un despacho del piso que debe de ser su casa, tres manzanas al oeste del bar. He llegado aquí siguiendo las indicaciones de Pedro Santos; estoy seguro de que me ha seguido. No me he atrevido a volverme, pero aún siento su presencia homicida a mi espalda.

Linda tiene treinta y pocos años. Lleva un sencillo traje de chaqueta de una marca de lujo, aunque su aspecto general es descuidado, como si ya hubiera sucumbido ante un enemigo al que todavía no puede ver.

—Le habrá extrañado la actitud de Pedro —dice—. Me gustaría explicarle por qué se ha puesto tan tenso con usted.

Sigo temblando; me pregunto si ella lo nota. Me arrepiento de haber enviado el email que ha desembocado en todo esto (pero sé que no podía hacer otra cosa). ¿Cómo pudo recomendarme Enrique Gómez, a Pedro Santos? ¿Acaso he soñado yo mismo el camino hacia mi propia muerte?

—Ya le ha dicho Pedro que somos una comunidad de escritores sin firma —sigue Linda—. Tenemos especialistas en todos los géneros y nuestra producción y nuestras cifras de venta son muy altas. Aunque no es del dominio público, porque el trabajo pertenece al lado oscuro, somos líderes en contenidos y abarcamos todos los ámbitos de creación: producimos,

corregimos y editamos desde argumentos de videojuegos, guiones y obras de teatro, hasta novelas de todas clases, bestsellers, autobiografías o ensayos filosóficos.

—¿Y poemas?

—También, y discursos. No sé si se lo ha dicho Pedro, pero muchos de nosotros somos la segunda o la tercera generación que nos dedicamos a esto.

—Sí.

—Yo también —dice Linda señalando el retrato a lápiz de una señora que nos vigila desde la pared con gesto severo—, mi bisabuela fue la primera.

Miro el retrato y no puedo evitar pensar que los escritores anónimos no pueden llegar al bar de Borges; excepto el que nos vendió el cuento, Enrique, que lo he elevado yo en precario por su novelita (en ese momento recuerdo el título: ‘Entre sombras’).

—Compartimos una pasión casi enfermiza por la literatura. Amamos de una forma desesperada aquello que nos está vetado: escribir una obra maestra, una novela que trascienda los siglos y alcance la inmortalidad, un cuento perfecto.

—No les está vetado —digo—, pueden escribir...

Linda esboza una sonrisa amarga:

—Somos una factoría despiadada: eficaces, exactos, puntuales; en teoría podríamos escribir una de esas obras maestras que anhelamos... pero debemos atenernos a los modelos y a los esquemas que nos exige el mercado, que son los tópicos que los departamentos de ventas demandan

cada temporada: nos esmeramos mucho y siempre intentamos introducir algún detalle, algún guiño o alguna referencia a los clásicos –a veces nos pillan. Pero los experimentos van contra la productividad. Y casi siempre nos descubren. Además, hay un traidor entre nosotros.

–Quizá es una pregunta tonta –digo–, pero ¿no pueden escribir esas obras maestras en su tiempo libre, como han hecho durante siglos tantos escritores, y firmarlas con sus nombres?

–No, no es una pregunta tonta –dice Linda–, nos la hacemos cada día, cada minuto. Pero lo cierto es que ninguno de nosotros lo ha conseguido. Quizá la producción industrial, en serie y en equipo, nos va incapacitando para la literatura que amamos y que continuamente se nos escapa de entre los dedos... Cada vez estamos más lejos de ella. Creo que nos vamos embruteciendo, que la técnica y el manejo cotidiano de todos los trucos –tenemos un arsenal inimaginable–, nos permiten un virtuosismo y una productividad que a nosotros mismos nos asombran... pero no acertamos a encontrar eso que jamás hemos sabido definir y que, sin embargo, sí reconocemos cuando lo leemos.

–A lo mejor se imponen unos criterios muy exigentes... Seguro que alguna de esas obras que venden ha alcanzado ya esa calidad a la que aspiran.

–No se preocupe –dice Linda–, sabemos que es una especie de enfermedad profesional. Si no aspiráramos a ese anhelo enfermizo, y me temo que ya un poco anacrónico, si no sintiéramos esa necesidad de

respirar una frase mágica o de escribir un texto que nos cambiara la vida —o que creara una nueva, de la nada—, no sufriríamos.

—Pero si sus libros se venden —digo—, será porque son buenos, porque les gustan a los lectores...

—Creo que me entiende —dice—, querríamos escribir algo sublime, aunque al principio se vendiera poco, o nada, algo que trascienda nuestras vidas. Algo escrito desde el alma, con alegría y sin presión. Pero nuestro trabajo diario no tiene nada que ver con ese loco deseo... es todo lo contrario. Por lo demás, ya sabe, unos libros se venden y otros no.

—Me puede decir —me atrevo a preguntar—, ¿por qué se ha puesto así Pedro?

—Ha perdido los nervios —dice ella.

—He temido por mi vida... aún siento que estoy en peligro.

Se ríe abiertamente, con franca amargura, y con un destello de admiración hacia Santos que aumenta mi aprensión.

—No se preocupe, está en mi casa, al otro lado de ese tabique duermen mis hijas y mi marido está...

—¿También él es...?

—Oh, no —dice divertida—, no tiene nada que ver con esto. Su trabajo es normal, si me admite el oxímoron... Es policía.

—Nunca había pasado tanto miedo —insisto.

—Es difícil —dice Linda—. Estamos nerviosos, ya hemos recibido algún zarpazo, especialmente de nuevos competidores que están bajando la calidad, tirando los precios y —lo que más nos agobia— tratando de

destronar nuestra organización, que se basa en la confianza y el silencio. Ahora, piense en esto: ese cuento que nadie ha leído y que usted ha arrojado de repente sobre nuestras vidas ha sido siempre algo muy especial para nosotros.

–La verdad es que lo leí –digo–, pero no recuerdo nada, ni de qué trataba, quizá es que no tenía argumento. Y créame que lo he intentado. A veces pienso que no he hecho otra cosa en estos años que esforzarme en recordar las palabras del cuento.

–¿Por qué le ha negado a Pedro que lo había leído?

–Porque tengo miedo –digo–. Y porque no recuerdo nada concreto, ni una frase...

–Disculpe –dice ella–, tengo que hacer una llamada.

–No –me levanto–, se lo ruego. La entrevista con su amigo ha sido el peor momento de mi vida, estoy desquiciado... presiento que son ustedes capaces de cualquier cosa... si ahora hace una llamada pensaré que va a dar la orden para que me asesinen.

–Vale vale –dice Linda–, no es para tanto. ¿Quiere que le prepare un te, o una infusión?

–No, por favor –digo, ya a punto de derrumbarme mientras ella, de nuevo imperturbable, sigue hablando:

–Como le he dicho, llevamos un tiempo –quizá demasiado– sintiéndonos acosados, como si nos persiguiera una jauría de perros salvajes. Hemos tenido que evolucionar y adaptarnos, pero nunca volvemos a la situación anterior, a esos años en los que había una cierta estabilidad.

Los cambios y las amenazas llegan por todas partes y nuestra única defensa es la información... Hacer caso a las intuiciones, por muy disparatadas que nos parezcan, nos ha salvado la vida, quiero decir el negocio: si no facturas estás muerto. Entonces, en plena lucha, en medio de la depresión más devastadora que hayamos visto nunca, aparece usted, un desconocido, y arroja en nuestros emails ese texto sobre el cuento –señala los folios impresos que le he enviado a Pedro esta misma tarde y que él le ha reenviado a ella–, comprenda que se nos hayan encendido todas las alarmas.

–No –digo–, no tiene nada que ver.

–Y con su actitud no las está apagando. Aún aviva más el fuego. No insista en hacerse el ingenuo –dice Linda, ya con el teléfono en la mano, como si me estuviera apuntando con un arma–, no le servirá de nada.

No me salen las palabras. Con un tapón de angustia en la garganta acierto a decir:

–Agua, por favor.

Ella sale, furiosa.

Miro la ventana entre dos cortinajes, las antiguas naves abandonadas ya bajo las primeras sombras. Recuerdo que esta madriguera es un séptimo piso. Yo mismo me he metido en mi ataúd.

Linda entra con un vaso de agua en la mano. Me lo bebo de un trago.

—Pase lo que pase —dice—, quiero contarle algo. Soy pariente cercana del escritor que —según usted— le vendió el cuento hace tres décadas, de Enrique Gómez. Pero no me creo su versión: él nunca hubiera vendido ese cuento a unos intermediarios. Lo hubiera guardado y él mismo habría escrito otro para entregárselo a ustedes. Sólo por haber redactado esa infamia ya merece lo que le va a ocurrir. ¿No se da cuenta de que ha irrumpido en nuestros mejores sueños, en lo único que realmente nos permite seguir viviendo y porfiando en este trabajo que cada día es más complicado? No me interrumpa. Ya ha mentido antes. Y tampoco me creo que Enrique le haya confesado a usted que él no escribió el cuento. Se lo pregunto como familia suya, le ruego que esta vez haga una excepción y no me engañe: ¿también ha inventado usted eso?

—No —contesto—, me lo ha dicho.

—¡Miente!

—Recuerde que ha sido en un sueño —concluyo—. No tiene importancia. Si quiere quitaré ese párrafo...

—Eso da igual —dice Linda—, a quién le importan sus párrafos.

—¿Enrique nunca le habló del cuento?

—No —dice—. Cuando se lo vendió a usted yo tendría dos años.

—¿Y después?

—Por lo visto —dice Linda—, soy la única persona a la que no le hablé del cuento... Que yo sepa, lo comentó a dos personas, aunque con mucho énfasis, y durante varios años. Nunca he conseguido encontrar una copia entre sus cosas.

Suena mi teléfono. Ni siquiera reconozco el zumbido, que me sobresalta. Le pido permiso con la mirada, ella asiente y acepto. Es mi amigo —al que solo he visto dos veces, en realidad no tengo ningún amigo—, el hombre al que encargué que investigara sobre el premio literario. (Quizá sí que soy un mentiroso, un fabulador; no sé qué me da más vergüenza: no tener un amigo, recurrir a un detective).

—¿Puede hablar? —dice.

—No.

—¿Podemos vernos?

—No. Dígame lo que tiene.

—Viven dos miembros del jurado. El cuento no se presentó al premio.

—¿Cómo lo sabe?

—Uno de ellos guarda los originales y la relación. Los tengo aquí delante, los he leído y le aseguro que son todos bastante flojos. Me duele la cabeza de leerlos.

—¿Algo más?

—Prefiero contárselo en persona.

—Gracias. Le llamaré.

Cuelgo, pensando que ese hombre no cobrará sus honorarios. Linda me interroga con la mirada. Se lo digo.

–Vamos a ver –dice Linda, conteniéndose–, ¿ha contratado a un detective para que busque el cuento? ¿Qué pretende, qué quiere demostrar?

–No lo sé –digo, y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para evitar el llanto. Ella ha dicho algo que me atormenta: qué estoy haciendo, qué busco, qué locura me empuja, ¿cómo he llegado a este piso desde el que no se ve ni una luz de la ciudad que debería estar ahí delante?. Y sin embargo, en el fondo de mi desasimiento, sé que no puedo hacer otra cosa.

–Antes de que vengan a buscarle –dice ella– quiero contarle algo: yo también he estado en el bar de los escritores.

Hace una pausa para ver si su confesión cambia mi rostro. Pero ya nada puede reavivarme, siento mi cara de escayola. Necesitaba algo que aliviara esa carga que sobrecoge a tantos seres humanos cuando se derrumban en la soledad de sus casas: no ser nada, no haber sido nada nunca, no ser nada para siempre, para nadie. Hace rato que me siento un cadáver y esa certeza, de alguna manera, me tranquiliza y me ayuda a prevenir el infarto fulminante que hace tiempo que reclamo sin saberlo, sin querer saberlo. Veo las cosas –esta habitación vulgar, abigarrada, los ordenadores viejos que no se han debido de apagar nunca, los rimeros de folios, esta mujer al límite, un coche que se acerca– como si fueran de otro mundo.

–Enrique me ‘invitó’ una vez al bar de los escritores –sigue ella, ahora con una expresión soñadora que la rejuvenece–, aquel día no estaba Borges. ¿Está seguro que lo vio?

Veo que es cierto que Linda no puede soportar que Enrique no le haya hablado jamás del aquel cuento. Ni siquiera en esa otra vida, en el bar del sueño, cuando ella ya no hubiera podido reprocharle nada.

–Qué más da –digo.

–Por favor –insiste–, es muy importante para mi.

–Sí –digo–, Borges estaba con Rulfo en la mesita del centro. Borges escuchaba con la cabeza inclinada, como los perros cuando oyen algo que no reconocen.

–Pero ha escrito que estaba con Kafka.

–También –digo, pero no a la vez...

–Miente.

–Solo fue un sueño –le digo.

–Yo también llegué a esa conclusión –dice ella–. Un sueño. ¿Por qué cree que Enrique nunca me habló del cuento?

Se oyen unos pasos en la habitación de al lado, el pitido del microondas. Ella mira el reloj y dice:

–Vamos a lo práctico. Tiene una posibilidad: si se compromete a abandonar esa investigación...

–No.

–No he terminado –dice–. Usted se olvida para siempre del cuento...

–Yo lo compré –digo–, lo compré para que ganara un premio. Y lo pagué.

–Este es el acuerdo –sigue Linda–: usted nos facilita los nombres de sus ex socios, el de ese detective que acaba de llamar y, por supuesto, el de la

persona que hace treinta y dos años, según usted, les encargó que compraran el relato. Verificaremos esa historia y, si es cierta y usted se compromete a olvidarse de todo, le garantizo que no le ocurrirá nada.

—¿Y a ellos?

—Tampoco —dice.

—No.

—Estamos divididos respecto a usted. Unos opinan que es un infiltrado de la competencia que nos asedia: no sería la primera vez que intentan introducirse en nuestra organización, ya tenemos a alguien dentro, un topo. Otros sostienen que usted va por libre y esa hipótesis —porque descartamos que esté loco—, todavía nos inquieta más, pues no nos permite adivinar sus propósitos.

—Yo tampoco los conozco —le respondo.

—Mire —dice Linda—, defiendiendo el pan de mis hijas, y cualquiera que se acerque demasiado...

Se oye una voz:

—Cariño, me voy a acostar, ¿te queda mucho?

—Un rato —dice ella.

Y retoma su frase anterior:

—Acaba en el Ebro.

7 Pedro Santos

—Sé lo que piensa. Piensa ‘tengo suerte de seguir vivo’. Ya puede jurar que hoy ha vuelto a nacer. Le ha tocado la lotería. Hoy y mañana seguirá vivo. Pero nunca podrá estar tranquilo. Uno, porque en cualquier momento caeré sobre usted. Y dos, porque esta noche mataré a un hombre en su lugar y usted cargará con esa culpa añadida.

Yo estaré esperando una orden de esta mujer que no ha dudado en ponerse un vestido y en maquillarse un poco para acompañarle a su casa, y quizá porque después de conocerle a usted cualquiera necesita dar una vuelta y tomarse un respiro. No crea que Linda ha venido para asegurarse de que no lo voy a arrojar al Ebro; ella sabe que siempre cumplo al pie de la letra lo que me ordena. Eso sí, tendré que matar a otro hombre en su lugar, un reserva, uno cualquiera. Me había cambiado de ropa. Tengo una ropa para asesinar y otra para escribir, mis dos oficios preferidos, por ese orden: Asesino y escritor. En las tarjetas de visita va por ese orden. ¿Quiere una? Cójala, por favor, las tiene ahí, delante de usted, en la guantera. Creo que me cambiaré el nombre, el que usted ha escogido me gusta más, ya lo imagino impreso:

Pedro Santos

Asesino y Escritor

—Sé por qué casi se ha muerto de miedo esta tarde cuando se ha venido abajo y me ha negado que hubiera leído el cuento. Mientras usted se abismaba en un ataque de pánico yo me encumbraba en el Olimpo. Así es la vida. Me he preparado a conciencia para atemorizar. Ya veo que no quiere mi tarjeta, ¿o es que ha vuelto a tener miedo? Abra la guantera, hombre, que no le va a salir una víbora. ¿O sí?

—Ya basta, Pedro —dice ella desde el asiento trasero. Por el tono se ve que se está divirtiendo.

—Ya puede darle las gracias a esta mujer. Hoy y mañana usted va a seguir en este mundo. Aproveche a poner sus papeles en orden. Ya se veía usted en el bar de los escritores, ¿eh?. Seguro que esta tarde ha pensado en eso, a que sí. Ha pensado: me van a matar, pero al menos he conseguido lectores: ellos —nosotros— los mismos que me van a matar sin que sepa muy bien por qué, me van a mantener en el parnasillo. Ellos han leído mi manuscrito sobre el cuento y por lo tanto me sostendrán en la eternidad, o al menos durante una buena temporada. ¿Eh? Se ha dado cuenta enseguida de que iba a morir y eso me enorgullece, ese detalle demuestra desde luego que es un hombre sensible, que empatiza bien, como dicen ahora los cursis (mira por el retrovisor porque ella se ríe, aunque trata de contenerse), pero también se ha dado cuenta, ha sentido la muerte, porque yo cada vez comunico mejor mis pulsiones sicópatas, aunque es una imitación, claro, yo vocacionalmente soy escritor y lo de asesinar me vino después, por ampliar

la oferta. Antepongo 'Asesino' en las tarjetas de visita para asegurar el impacto comercial, la comunicación. Ya sabe que si alguien lee en una tarjeta 'escritor' no pasa de ahí. Mi padre fue corrector toda su vida en un periódico y en una editorial y cuando le faltaban cinco años para jubilarse, lo despidieron de los dos trabajos. ¡Sin ponerse de acuerdo! Son las modas empresariales. No, Linda, déjame hablar, necesito contarlo de vez en cuando. Además, este hombre ha empezado tarde pero se ve que tiene empuje y cierta afición, seguro que lo escribe todo muy bien. Pero dese prisa, escriba a toda leche, ya sabe que vive de milagro, gracias a esta mujer del vestido negro del asiento de atrás, escriba rápido y haga copias: aproveche su tiempo prestado. Como ese cuento de Borges en que un condenado a muerte, uno al que van a fusilar los nazis, le pide tiempo a Dios para acabar su obra, ahora no recuerdo el título.

–'El milagro secreto' –dice ella.

–Gracias. Le propuse a mi padre que trabajara con nosotros, sí, en nuestra factoría secreta, el club de los escritores negros maños, los mejores, los más discretos, jodidamente perfeccionistas. Ya le habrá dicho Linda que nos están azuzando, el mercado se tambalea, las bolsas se hunden, la competencia es muy desleal, etc. No entiendo por qué le ha indultado, espero que cuando le hayamos dejado en su casa temblando de miedo alguien me dé una explicación. Porque yo he estado toda la tarde haciéndome ilusiones de tirarlo al Ebro. Y ahora llego con el coche recién lavado, con el aire acondicionado en su justo punto medio, con los guantes de cabritilla... y ahora he de llevarlo a su casa... de asesino, a chófer.

Póngase en mi lugar. Usted dormirá, o al menos estará vivo, me apuesto los guantes –que son buenos–, a que en cuanto lo dejemos en casa se pondrá a escribir. ¿Lo has liberado por eso? Es posible que la escritura le haya salvado, piénselo. Salvado por el cuento. Usted seguirá vivo, qué bien. Y yo, dando vueltas por casa, haciendo nervios. Podrá sentarse a escribir sin parar, –¡cuántas emociones!– y yo... Ah, que esto no se quedará así. Sí, ya sé que hemos llegado. Necesito seguir hablando, si no os importa voy a dar otra vuelta a la manzana. Ya sé que hay obras. Así será más larga la jodida vuelta. Me va a estallar el cerebro. Usted escribiendo y yo sin poder echar una línea. A mi también me gustaría escribir algo genial, un poema, con un poema pequeño me conformaría, si consiguiera enternecer o emocionar a alguien. Yo también quiero leer ese cuento extraviado. Mi padre se suicidó. No quiso ser corrector de los escritores clandestinos. Hasta entonces, hasta que lo despidieron por partida doble de los dos trabajos que había desempeñado toda su vida –y qué bueno era, copón, no se le escapaba ni una coma–, yo nunca le dije en qué trabajaba. Sabía que eso le destrozaría. Escritor clandestino, ¡un negro en casa! Hasta que lo despidieron le hice creer que yo escribía en revistas y periodicuchos, y lo hacía, ya lo creo, para mantener la coartada, aunque no me pagaban ni para comprarme un bocadillo. Cuando lo despidieron y le conté la verdad, no pudo soportarlo. O sea, que encima mi madre sigue martirizándome con que el suicidio fue más por mi culpa, por mi maldito oficio de mierda de negro anónimo, que por el doble despido. Tengo que cargar con eso, con el 70% aproximadamente del suicidio de mi padre. Qué meticuloso y qué

limpio era, copón, dejó todos los papeles bien ordenados en la mesa. Ni una errata en la nota final, el nota. Así que ya lo sabe, vamos a estar dando vueltas a su casa hasta que se me pasen los nervios porque aquí, la cúpula — señalando hacia Linda con el pulgar—, ha decidido aplazar *sine die* su chapuzón. Ahora estaría ya bien fresco, con los siluros mordisqueándole el lóbulo de la oreja. Si le hubiera dicho a mi padre que era asesino no le hubiera sentado tan mal como contarle que era negro. Pero entonces, cuando lo despidieron doblemente, yo no había descubierto aún esta otra capacidad mía, este dharma de asesinar. Una cosa lleva a otra. En el mismo entierro, un amiguete suyo me fichó como ayudante, empecé de meritorio, como tiene que ser. Vale, Linda, deja de darme toques, ya acabo. Y usted, no se crea que va a vivir tranquilo. Aunque su indulto sea permanente, o indefinido, cosa que dudo porque ya sabe la volatilidad que impera en estos días, deberá cargar para siempre con un muerto extra, *s//* muerto. Yo no me quedo con estas ansias. Mañana podrá leer en los periódicos que esta madrugada *se ha caído* un hombre al Ebro. Es mi especialidad. Me acerco al primero que pase cerca del pretil, y zas. Luego ya me relajo y puedo volver a escribir mis noveluchas de criminales de pacotilla que firmarán escritores sin tiempo ni ganas. Aunque lo del pretil no lo hago por documentarme, sino por mantener la tensión, por entrenamiento; pero estoy convencido de que les hago un favor. ¿Acaso es normal pasear junto a la barandilla de un puente? No. El que pasea junto al pretil fuera de las horas de los poetas está pidiendo ayuda. Y yo voy y le echo una mano. O las dos si es menester. Bueno, esta noche no será por entrenamiento, ya ve cómo estoy.

El ahogado de esta noche será para quitarme las ansias por no haberle podido tirar a usted. Al ahogado de hoy lo voy a tirar con todas las de la ley. En contraprestación, el muerto cargará sobre su conciencia, si es que la tiene. Yo no puedo con todo, con el suicidio de mi padre ya tengo el cupo hasta arriba, por eso puedo asesinar gratis a efectos de remordimiento. Bueno, ya no le castigo más. Ah qué pillo, ¡lo ha grabado, me ha estado grabando con el móvil! Es peor que un periodista. ¿Lo ves, Linda? ¿Ves cómo no se puede confiar en este tipo? ¿No es suficiente motivo su empeñamiento para cambiar el veredicto y arrojarlo al río? Te llevo antes a casa, claro.

8 Texto escrito por K

Bajaba por Sagasta renqueando tras haber sufrido y haberse recuperado de un ictus o una embolia, un crujido del inigualable cerebro que le había permitido concebir algunas de las frases publicitarias que excitaron la imaginación y el comercio de su ciudad durante una década.

K había sido el mejor, el rey del bulevar donde se alineaban las incipientes agencias que hicieron llevadera una existencia mortecina, a desmano de un mundo lleno de ideas y colores que llegaban siempre demasiado tarde y desde demasiado lejos. Las novedades resultaban kitch a fuerza de temerlas. El mérito de K fue que rompió con aquel pavor melindroso que ya no era una exigencia del régimen moribundo sino una inercia o una herencia de la generación a la que le habían sido negados los negocios y la vida. Las frases y lemas de K (y de los jóvenes espléndidos a los que su generosidad caníbal fue catapultando al estrellato y al olvido) deslumbraron en las penúltimas décadas del siglo XX porque la ciudad necesitaba que alguien le recordara el paso del tiempo, que por fin había llegado, o estaba llegando al presente, algo inaudito y siempre aplazado que les incitaba a bailar en la punta de un bisturí. Fue un publicista o creativo tan necesario que en cuanto cumplió su misión la agencia cayó en el conveniente olvido. Sobrevivió con algunos clientes institucionales, todos en su plácido regreso a los abismos de la normalidad y la rutina estadística, a ese empeño de siglos por pasar desapercibida que caracterizaba a la

ciudad, quizá porque cada vez que había intentado asomar la cabeza a la historia o simplemente a la calle se la habían volado (tan arraigada tenía esa costumbre de pasar inadvertida que consiguió celebrar una exposición internacional de tres meses sin llamar la atención). El único tratadista que se enfrentó a esa inveterada afición por no destacar ni sobresalir creyó descifrar una de las causas: la achacaba a las guerras, asedios y cercos que habían asolado a la noble ciudad hasta imprimir un “gen timorato” en la población, tanto autóctona como emigrante, pues la principal característica de este “gen” era el contagio inmediato por impregnación: ciertos gestos secretos –como en el mus– y quizá inconscientes informaban enseguida al recién llegado de que estaba mal visto significarse. El ensayista jamás consiguió que nadie se manifestara sobre sus argumentos, ni aun para rebatirlos, lo que venía –según él– a darle la razón. En aquella Zaragoza que K contribuyó a ventilar con sus ingenuos mensajes publicitarios nadie decía nunca una palabra más alta que otra por no significarse.

Hace un rato bajaba K cojeando por el paseo Sagasta, entre los autobuses polvorientos, quejumbrosos animales antediluvianos, grises sus lomos de no lavarlos, destartalados, con las chapas retorcidas y el ruido de carraclas de sus motores remendados con alambres: los buses que fueron rojos han vuelto, como el país y acaso una parte del mundo, a ser en blanco y negro, como si se estuvieran adentrando en una pesadilla a ratos soviética a ratos cubana, según los violentos contrastes con que el cierzo volteaba las nubes y hacía oscilar la luz. Bajaba K por Sagasta, concentrado en mantener un equilibrio precario, con el paso arrítmico del que arrastra una

pierna que se niega a seguirle ('la aguanto porque es la pierna del gol', decía sin perder el humor); la mirada de un hombre que fue fugazmente brillante —que tuvo suerte— y supo dejarlo a tiempo evitaba enfocar las cosas cuyo aspecto se había deteriorado más que el decoro, expresión ya anacrónica que solo la sacaba (o le salía) de vez en cuando porque le recordaba a su padre. Recién abatido por su rayo o ictus interior bajaba arrastrando la pierna seca por el paseo, apenas una carretera entre las torres de ladrillo, dos edificios modernistas conservados de milagro y las vaharadas de CO2 barato que impedían ver los escasos anuncios que flotaban en los laterales de los buses siempre a punto de incendiarse.

La noticia, si la hubiera, era que el cadáver tumefacto que esta madrugada ha devuelto el Ebro, río de infinitos ahogados anónimos, podía ser el de un amigo olvidado. ('Volver del olvido para ir a la muerte', pensaba K degustando ese privilegio —al menos él así lo veía, especialmente desde el jetazo— de sentirse y seguir vivo).

Bajaba K vigilando su renquear sobre la ciudad partida por dentro, cuarteada en barrios con catacumbas romanas, pasadizos visigodos y túneles de otras épocas tan agónicas que ni siquiera hubo tiempo para bautizarlas. Apeaderos fantasmas con anchos de vía de varios siglos y restos de raíles de diversas épocas que hasta hacía unos años jamás habían conseguido ponerse de acuerdo en los destinos ni en las numerosas estaciones que salpicaron la ciudad avariciosa de cualquier excusa que le permitiera huir de sí misma. Silbaban los trenes invisibles recién estrenados, ramales que desembocaban en polígonos en desuso donde los

vagabundos iban siendo desplazados por los nuevos mendigos, familias que robaban cobre y se refugiaban en estos arrabales céntricos por cuyos subterráneos circulaban mercancías en BMWs que corrían por los raíles sin neumáticos (como el primer cuatro latas de los cazadores de materia oscura del túnel del ferrocarril de Canfranc) y cuyos dueños hacía tiempo que habían dejado de pagar el seguro y pasar las revisiones. Los ciudadanos habían recuperado las habilidades manuales: hacer empalmes, quebrar candados, cizallar verjas, aserrar, lanzar puñales... A veces K pensaba si estaba a punto de ocurrir como en la descomposición del imperio romano —del que tantos vestigios emergían por estos arrabales—, que la gente acabaría quedándose a vivir en el campo, como en Mad Max.

K quiere entender este mundo, al menos vivirlo, incluso dejarse fascinar por la lentitud que parece haberse apoderado de las cosas, las costumbres seminuevas que no acaban de instalarse, y las de siempre, que se mantienen con alfileres o pinzas de plástico. Los cambios que llegaron a ser tan acelerados apenas hace unos años (aunque aquí siempre se ha amortiguado la velocidad de los tiempos, la ciudad siempre ha establecido un colchón de sentimientos y látex entre las noticias veloces con que empujaba el mundo y su propia conciencia calcárea, milenaria, tantas veces invadida y ocupada, desde fuera o desde dentro), los cambios se han detenido. Quiere K descifrar ese mundo que le ha asesinado la pierna (a alguien hay que culpar) pero su mente, intacta según el escáner, se había habituado a aquellas velocidades extremas, pasión de una larga época, gastos rápidos, trasiego de billetes, maletines de piel de cerdo a medio desollar y fugaces sueños

inmensos, edificios creciendo de un día para otro, de la nada, sobre las coles milenarias, por entre los secarrales de yeso que se hundían una y otra vez y había que colmatarlos volcando en horario nocturno camiones enteros de cemento traídos de plantas hormigoneras cuyos focos no se apagaban jamás. El consumo de electricidad mantenía los hilos rígidos al rojo vivo, chisporroteando de pasión. El fragor de esas piedras trituradas en camiones eternos, parados ante semáforos que se demoraban horas en rojo para ralentizar el pulso ciudadano, el crujido granujiento del páramo despertando bajo un sol poligonal...

K asistía a este amodorramiento del mundo, o al menos de su ciudad adorada, que llegó a tener tres estadios de fútbol dibujados por los mejores arquitectos, tres proyectos diferentes, todos en marcha, todos parados, ¡aquello sí qué fue actividad metafísica, desafío y frenesí! Los jueces emitiendo laudos, autos... Los dirigentes programando barrios enteros en el mapa descomunal del mayor término de España, cuya tercera parte aún seguía ocupada por los campos de maniobras, ignotos eriales trufados de obuses de cinco décadas, como museos desordenados de guerras sin catalogar, acampamentos erizados de bombas cuyas espoletas vivas aún chirriaban como un eco de las cigarras en las tardes de solanera atroz.

A K le dolía todo el costado derecho, le bajaban rampas de kilowatios históricos, electricidad retenida de otros años, que no podía salir al aire torrefactado del atardecer, amperios antiguos que no acababan de hacer masa porque la pierna muerta condensaba la energía como una pila cebada de ilusiones nunca satisfechas ni, acaso, reconocidas.

Bajaba K entre la niebla de ríos que discurrían bajo tierra (y cuyo olor a remoto verdín solo percibían los vecinos muy experimentados), entre edificios ladrilleros rematados por azoteas inalcanzables donde se hinchaban sábanas descoloridas como banderas de coladas que nadie recogería. La niebla de los ríos ocultos y de las innumerables acequias que habían sido taponadas bajo toneladas de cascotes y ruinas de conventos, levas de cadáveres, palacios y quintas con columnas de alabastro, el mármol pobre que segregaba la comarca al sudar la cal de los siglos. Aún se preguntaba a menudo K cómo tuvo la osadía de abrir una agencia de publicidad cuando esas mismas palabras –que no se atrevió a poner en el rótulo– eran una afrenta para el vecindario. Ahora el negocio languidecía lentamente en manos de sus hijos, que apenas se ocupaban de mantener a vetustos clientes cuyos negocios solían anunciar productos y servicios que en el resto del mundo hacía años que habían dejado de existir. A K le seducía esa leve demora que imponía su amada ciudad a las cosas, igual que le fascinaban los pocos comercios que a fuerza de anacrónicos se habían vuelto, acaso sin saberlo, auténticos anticuarios vivientes. K lloró el día que desapareció la última tienda donde reparaban máquinas de escribir y calcular. No hace tanto, pensaba sin descuidar la pierna seca, que tendía a quedarse rezagada; pero él sabía que el tiempo le estaba devorando cada vez más deprisa.

K estaba seguro de que algunos días bajaban cuadros de Goya por el Huerva, tercer río, brazo sumergido de la Ibérica que lamía la cárcava porosa de la ciudad. Cuadros que a fuerza de rozarse con los limos, las

pedras y el fango de mil cauces se habían vuelto ásperos y despeluchados; algunos parecían picassos, otros simples manchurroneos iracundos de la quinta del sordo; otros, cartones de estampas tremendistas repintadas por el musgo de las rocas y raspadas por los tubos de escape de las motos que arrojaban aguas arriba o por los aliviaderos de la misma Avenida Goya, cuyos edificios se perdían en la bruma que mecía un cierzo ya también él afectado por la inactividad, suerte de aletargamiento económico de occidente que Zaragoza, como ciudad media estadística, ciudad geológica, venía presagiando con la antelación habitual a la que esta vez nadie supo atender ni prestar atención, quizá porque lo que anticipaban esos indicios era más tenebroso de lo que los cool hunters se atrevían a imaginar. O querían pensar que la moda global amortiguaría esas premoniciones zaragozanas sin darse cuenta de que respondían más a una pulsión telúrica, a misteriosos espasmos metafísicos, a cosas inexplicables y barruntos de una población históricamente exhausta de sí misma y de tantos experimentos secretos, anónimos, inconfesables e inimaginables que a un minucioso plan o, como argüían otros, a una urdimbre de conjuras enfrentadas a ciegas, en el puro caos avaricioso de los tiburones financieros. K siempre había defendido que todos estos avatares sanguinolientos ya venían anunciados en el almanaque llamado Calendario Zaragozano, que se sigue editando y vendiendo con profusión inaudita, pero cuyos arcanos ya nadie consigue descifrar. A K le hubiera gustado adentrarse en esos laberintos del almanaque porque intuía que la sorprendente longevidad de sus ventas, que traspasaba alegremente las

generaciones y las centurias, obedecía a que, en su extrema simplicidad, concordaba con los hilos invisibles (“supercuerdas, como los llaman ahora”) que rigen la fantasía rutinaria del universo.

Alguna vez había fantaseado K con uno de sus colaboradores (cuyo recuerdo fue sepultado por el chirrido de las sierras que durante décadas han sajado las baldosas y han cizallado los cerebros) con la idea de fundar una editorial que les permitiera publicar sus mejores hallazgos: frases – según ellos– llenas de ingenio, lemas publicitarios que no habían traspasado el ceño fruncido de los clientes, ocurrencias surrealistas, ensoñaciones, engendros, adefesios, palabrismos y toda clase de deshechos cerebrales que, al haber quedado arrumbados en el cajón de los invendibles, se iban macerando en el hervor que fragua los mitos (en este caso domésticos) y ayuda a los humanos a sobrellevar las frustraciones, los contratiempos y los machetazos de las hojas otoñales que en Zaragoza vuelan locas, como cuchillas enloquecidas por el viento que tronza los sueños.

Aquel empleado y compañero de frases con el que soñaron editar sus más jocundas ocurrencias y aleluyas era un tipo jovial que un buen día, recién traspasada una modesta agencia en la que él se había defendido durante unos años con dos socios algo atrabiliarios, irrumpió en el establecimiento donde K exhibía su incipiente catálogo de ilusiones y se ofreció para venderle frases sueltas. De aquella singular proposición y de algunos cafés inspirados por el agua inverosímil y alucinógena que gorgoteaba en estado casi sólido por el radiactivo Canal Imperial nació una amistad exclusivamente literaria, pues todo el tiempo que compartían se les

iba en alumbrar frases, greguerías y pleonasmos, que era como llamaban en su jerga indescifrable a los Unguejillos y a las otras acuñaciones de Miguel Labordeta, autor al que, junto con Julio Antonio Gómez (al que llamaban Kiwú) alimentaba las calderas de lava hirviendo que les servían de combustible para sus delirios, siempre amparados en la devoción inquebrantable a Luis Buñuel.

Después sus vidas se bifurcaron y el olvido, junto con las tribulaciones y emergencias que iba amontonando el cambio de siglo, congeló aquella alianza inofensiva entre dos escritores que si bien se reconocían amateurs, lo eran con un empeñamiento y dedicación solo limitados por sus respectivas y agobiantes ocupaciones. Nunca más volvieron a cruzarse en la pequeña ciudad desmesurada (y K sospecha que su compinche jamás volvió a escribir). Lo bueno de este olvido impuesto por las cosas y la tufarra es que preservó aquellos momentos y los mantuvo a salvo del rencor y de la indiferencia con que los acontecimientos arrumbaban a las personas.

Excepto por la pierna seca, K se recuperó bien de su ictus, que él consideraba un mero espasmo provocado por el celibato a que se obligó al enviudar prematuramente. K se obligaba a bajar renqueando cada día hasta el piso destartado que conservaba en el centro, una antigua oficina en el ático del torreón del Coso donde ejercitaba la escritura en medio de un laberinto de archivadores metálicos, etiquetas de productos que nunca llegaron a comercializarse y restos de un medio siglo ya apolillado –quizá el suyo– que cada día le resultaba más extraño.

Al principio no supo reconocer al remitente del email que parpadeaba en su bandeja de entrada. Hasta que, ya en la segunda línea, vio brillar el fulgor inigualable de la palabra ‘Jimínuflio’

J i m i n u f l i o

y su sistema nervioso experimentó tal sacudida que mientras su cuerpo tremolaba como la caña de un semáforo al que le ha embestido una moto, él ya sabía que solo podían ocurrir dos cosas: que se le recuperara la pierna yerta o que se le quedara seco el lóbulo del ictus. Por suerte ocurrió lo primero, lo que le sirvió a K para confirmar su más arraigada creencia –y tenía muchas, aunque las iba renovando–: que la literatura y las palabras eran la única terapia posible contra el tedio, los achaques y, finalmente, la muerte.

¡J i m i n u f l i o ¡

Cuánto se habían reído con esa palabra mágica que, como es lógico, ni siquiera se les ocurrió a ellos. La adoptaron –como a una hija– de un suplemento humorístico que publicó un verano de los ochenta uno de los muchos diarios desaparecidos de la ciudad. El periódico se llamaba ‘El Día’, el suplemento ‘La Noche’ y la palabra mágica (con el tiempo, pero aún faltaba tanto, se habrían de desvelar, pues todo llega a saberse, los efectos benéficos y aún milagrosos que produjo en miles de lectores) había

sido acuñada, en el más estricto vacío por el genial periodista e incubador de libelos (antes cura y misionero) Roberto Miranda, hijo del médico de la harinera de Terrer y nieto de una cubana casi negra, cuyo genoma fue sin duda el responsable de la desbordante imaginación del nieto. Durante sus años de amistad poética K y su compinche habían perseguido e idolatrado las creaciones de Miranda, al que consideraban su mentor secreto y a cuyas creaciones les concedían el máximo predicamento, aun por encima de las de los clásicos antes citados. Aunque todo lo devoró el olvido, la palabra ‘jiminuflío’ titilando en la pantalla del ordenador de K, en medio de la parálisis del tedio, fue suficiente para destapar la olla a presión de los buenos tiempos que, como es normal, regresaban muy mejorados de su involuntario cautiverio.

K rompió a llorar sobre el teclado. Él mismo no acertaba a dilucidar si las lágrimas fluían por nostalgia, si se debían a la ingratitud por haber olvidado al empleado y compañero con el que compartió –ahora lo reconocía– sus mejores días o si provenían del fervido agradecimiento por la evidente resurrección de la pierna con la que, en tiempos ya imposibles, metió un gol desde medio campo, anticipando –mutatis mutandis– la parábola de Nayim en el Parque de los Príncipes de París.

Para no sumirse en melancolías, tras comprobar que la pierna, aunque débil y falta de tracción, rebullía y flexionaba en toda la asombrosa gama de rotulamientos, giros y tendonaciones que le eran propias, volvió a sentarse frente a la pantalla. Y tal era su ansia por leer el mensaje adjunto que antes de que se hubiera despertado la impresora, algo achacosa amén

de matricial, ya había devorado el informe que su antiguo compinche de orgías verbales y jiminufleidades le había endosado en el email bajo el símbolo de un clip, extrañísimo objeto que se aferraba –quizá como yo, pensó K– a la existencia aunque fuera como símbolo. Solo después de devorar el archivo adjunto reparó K en el texto escrito en el cuerpo del mensaje, el email propiamente dicho, que le puso los pelos de punta:

Querido amigo: como verás te envío este email en momentos de gran angustia y zozobreidad (al escribirte no puedo evitar que me surjan nuestras antiguas verborragias y aunque ahora no parecen muy apropiadas me ayudan –tal como siempre sostuvimos, ¿recuerdas?– a sobrellevar estos aciagos momentimes (enredar con las palabras tiene efectos espectaculares, lo estoy comprobando en vivo –es un decir–, ah cuánto valoro esa palabra: ‘vivo’. Me van a arrojar al Ebro, nuestro amado río lleno de siluros monstruosos, buzos labordetianos y desde hace un tiempo, mejillones tan pobres que no valen ni para sopa. No quiero agobiarme ni agobiarte a ti. Ni siquiera sé por qué me quiere inmolar esta gentuza. El favor que te pido es que edites y publiques estos folios que te adjunto, tú sabrás prolo(n)garlos como merecen. Me hubiera gustado culminar la investigación (y si quieres hacerlo tú... no se me ocurre nadie más adecuado, aunque ya ves que es peligroso), esta gente no es partidaria de remover el cuento. ¡Voy a morir por un cuento! En teoría no hubiera desdeñado este final, pero claro, ahora preferiría algo más prosaico (ya no sé lo que escribo) y no tan inmediato. Creo que forman una sociedad secreta que necesita ofrecer sacrificios

humanos de vez en cuando y me han escogido a mi (lo que no dejaría de halagarme en otras circunstancias).

Necesito también que me recuerdes y hasta que me admires. Ya sé que es difícil y que no te parecerán peticiones propias de mí, que ya sabes que fui poco dado a la egomanía, pero créeme. En el texto verás por qué te pido este extravagante favor. Si tu admiración (que ha de ser sincera, esfuérzate: quizás por los buenos epigramas que esboqué en nuestros días de fraseólogos) es suficiente como para sostenerme en el otro mundo, a mi vez te reclamaré –solo de visita, ojo– para que podamos departir con los grandes, los que nos han estado enriqueciendo con sus escritos y nos han dado la auténtica vida (porque la otra ha sido todo facturas y trámites, como bien sabes y tan a menudo amargamente repetías cuando te retirabas a hacer las cuentas y exclamabas: ‘voy a los amargorios’). Por lo demás no te preocupes ni remuevas el suceso: cada día se ahoga alguien en el Ebro y creo que esta gentuza desalmada, sin saberlo, me hace un favor porque yo mismo, de haber tenido valor –o ausencia de miramientos–, habría emprendido motu proprio ese último chapuzón.

Un brazo

XXX

Ah, ya vienen estos canallas.

Desde mi iPhone

9

NOTAS 2

1

Como, en efecto, apareció un ahogado flotando en el Ebro (Dios quiera que no fuese obra de ese maniaco de Santos), le faltó tiempo a K para subirse a un taxi y acudir al depósito a identificar al que creía que era yo. Me ha enviado otro relato contando por extenso el viaje por Zaragoza y la alegría (con su punto de decepción) al ver que el muerto era otro. Esa parte no la incluyo.

K insiste en que reanudemos nuestra amistad (sic), dice que quiere ayudarme en la investigación: ‘¿Qué mejor excusa para estrenar la pierna resucitada!’

He sido sincero: le he dicho que me deje en paz. Y que mis ex socios no eran, como escribe él, ‘bastante atrabiliarios’ (aunque lo eran).

2

La noche que Santos y Linda me trajeron a casa no pude dormir. Vagaba por el piso como una fiera, con las llaves en el bolsillo. Nada me importaba el cuento, ni la amenaza de un ahogado. Ni siquiera recordaba haberle enviado el email a K (me dejaron solo en el despacho de Linda durante un tiempo interminable, supongo que mientras ella se arreglaba: cuando reapareció, vestida como para ir a una fiesta, me costó reconocer a la empresaria resentida).

Cuando esa pareja que amenazaba con arrojarme al Ebro me dejó en casa mis dedos seguían haciendo bailar las llaves en el bolsillo.

3

A las cuatro de la madrugada encontré la novelita de Enrique Gómez: *Entre sombras*.

4

Ya estaba amaneciendo, consulté las noticias y allí estaba el ahogado. Podía ser una casualidad. Quizá esa noche, antes de recogernos, Santos ya lo sabía, había visto la noticia y la aprovechó para asustarme. No quise mirar la hora en que pudo ocurrir, no hubiera soportado la comprobación.

5

Telefono al detective. No hay respuesta. Al fin llega un email suyo:

Estimado xxx: por motivos de trabajo me veo obligado a abandonar la investigación que realizaba por su cuenta. Las gestiones realizadas hasta la fecha, al ser incompletas, no le serán facturadas. La naturaleza del trabajo que se me ha encomendado me impedirá mantener comunicación de cualquier tipo con antiguos clientes. Por ello, le ruego que no intente contactar conmigo. Atentamente

Luciano Gracia

Consultor Investigador

10 La torre de K

Como K ha insistido he ido a hablar con él. El email que le envié casi desde la otra vida me obligaba a reabrir mi pasado.

Voy a verlo a la estrecha casa del Coso, en plena judería. Desde arriba casi se puede tocar la cúpula del Banco Zaragozano, ahora Barclays. ‘Subo aquí a ver Aragón –dice K– es como ir al Aneto’.

–Los zaragozanos –dice K–, necesitamos el Pirineo metafísicamente, no podemos vivir sin saber que sigue ahí, que no se ha movido. Es esa media distancia lo que nos hace polvo. Media distancia al mar, media a las montañas... Estamos en ninguna parte, cerca y lejos, en un desierto con tres ríos y un canal. ¿No es excesivo un canal? ¿No es un delirio de grandeza o un exceso de miedo al futuro? No... ellos lo querían hacer navegable, lo querían para conectar los dos mares, y para ir a América, esa es la verdad. Un canal entre dos mares hubiera sido casi como estar en el mar. En fin.

–La pierna –le digo.

–Qué.

–Que la arrastras.

–Ah, sí. Jeje. El médico me ha dicho que está curada, que es un milagro. Así de claro. Que si quiero registrarlo, notificarlo, o lo que se haga con los

milagros, que él, que es ateo, me firma lo que haga falta. Ha dicho que tal como estaba, era imposible que volviera a funcionar... y yo le he explicado que ha sido por un email, el tuyo.

–Pero no funciona –le digo–, la arrastras.

–Sí, jeje. Ya ves.

–Ya ves qué.

–No lo sé. El médico dice que está perfecta, el riego, los reflejos, los nervios... todo: la pierna ha resucitado. Pero, por lo visto, no sé, me he envenado a arrastrarla. Ya ves. Mi personalidad de estos meses, casi un año, se ha moldeado en torno a arrastrar la pierna. El cerebro no se decide a dar la orden. O ella se resiste a obedecer. Estamos bien, el cerebro y yo estamos bien.

–Sicológico.

–Bueno, qué –dice–, qué has hecho estos años, jiminuflío.

–Estoy acabado –digo.

–Ya –dice, sonriente–, ya te veo, ya. Pero estás vivo. ¡Y con dos piernas!

–Enfin –añade–, peor estoy yo. Tú al menos tienes algo que hacer, una ilusión... Sí, no me mires así, tienes un proyecto.

Al ver que no digo nada, concluye:

–Y no tienes una pierna seca. Aunque sea sicológica, el resultado es el mismo. Mira, no dobla... nada. Es inútil. El cerebro no manda la señal.

–Quizá es un aviso de que te va a dar otro...

–Hombre, gracias.

Miramos la cúpula, las lomas en que se disuelve la ciudad, el penacho de vapor de una fábrica, los escarpes a lo lejos entre la bruma. Hoy no se ve el Pirineo.

—La sierra de Alcubierre —dice K—, ¿la ves?

—¿Quieres que saltemos juntos? —le digo abriendo la ventana, que se resiste un poco.

—No te creas que no lo he pensado. Casi todos los días, desde que me dio esto —se toca la frente—, bueno, y antes también. A ti no te voy a engañar. Desde que murió Carmela pienso en eso todos los días. Ahora, que de saltar, saltaría solo. No se vayan a pensar que somos gays. Además, he de preparar la necrológica, y siempre da pereza, no sé qué poner. El título que más me gusta es 'Vida estéril'. Por cierto, el anatómico forense no me ha gustado. Con lo bonito que era el antiguo, en pleno centro, el de Doctor Cerrada: 'Instituto Anatómico Forense Bastero Lerga'. Lo nuevo a veces es una mierda, ¿no te parece?

—No.

—Volviendo a lo de saltar, cada día lo pienso. Y siempre encuentro algún motivo para no hacerlo, esperar.

—Si yo tuviera una ventana como esta...

—A mí me salva el *Menéame*, estoy enganchado, si en nuestros tiempos hubiéramos tenido algo así, ¿eh?. ¿Te imaginas, todo el día tuiteando?

—Hazlo —digo.

—Esta ciudad —prosigue K sin escucharme—, sin Labordeta, no puede existir. Es inconcebible. Así de claro. Me dedico a pensar en eso, en cómo

podemos vivir y aguantar sin Labordeta. Era un tipo especial. Apenas lo conocía, bueno, como todos, ¿no?, de tantos años de saludarlo por la calle, de ir a verlo cantar cuando era gratis. Creo que toda Zaragoza ha hablado alguna vez con Labordeta. No conozco a nadie que no se haya parado con él al menos una vez a charrar en la calle. Al principio, cuando murió, no le daba importancia a eso, ni siquiera había reparado. Pero ahora me he dado cuenta de que no hay nadie del que se pueda decir lo mismo. Aparte de sus virtudes, que eran muchas, y de sus habilidades como cantautor o escritor, creo que ese era su mayor don: saber pasear por su ciudad, disfrutando de ella, de sus paisanos y, por extensión, del mundo. Tenía el don de la naturalidad. Nadie hablaba con tanta gente como él: tenía *tiempo*. Sabías que te iba a escuchar, que tus palabras las iba a colocar en algún sitio inimaginable, un sitio mágico al que solo él tenía acceso, ¿no? Y que, tarde o temprano, las devolvería mejoradas. En fin, la pierna está viva pero no se decide a moverse, no arranca: ¿tendrá miedo? A fin de cuentas, todos somos mortales más o menos, ¿no?. Ya sé que no has venido a escuchar estas divagaciones, pero hace mucho que no nos veíamos y estoy solo, necesitaba hablar un poco, explayarme... Palabras que ya no se dicen y que me recuerdan a mi padre: “explayarse”, “decoro”, etc. Ya veo que estás obsesionado con ese cuento. Me gusta lo que me has enviado, lo que has escrito, con algunos matices que ahora te diré: tienes que corregirlo, hombre, ¿tienes más?

—No.

–Ya –dice–: entiendo que es secreto. Me lo mandaste porque pensabas que ibas a morir, lo explicas bien claro en el email. Pues mira, aunque fuera en esas circunstancias, me alegro de que te acordaras de mí. He de reconocer que me fastidió un poco que no fueras tú el ahogado. Contigo en la morgue ese manuscrito hubiera aumentado su valor. ¿Cómo no cayeron en que llevabas un iPhone? Jajaja. Vaya asesinos.

–No daría la pinta.

–Te lo has inventado, confiesa. De todas maneras es interesante, pero en esa parte falla: unos asesinos no te dejan solo en un despacho media hora para que escribas tu testamento y los denuncies por email...y envíes un adjunto. Hombre no me jodas. ¡Haber llamado a la policía! Tienes que poner más cuidado en los detalles.

–Lo haré.

–Si quieres –dice– yo te corregiré el texto definitivo, te lo editaré... sin tocar nada...

–¿Cómo lo vas a editar sin tocar nada?

–Lo menos posible.

–Qué querías decirme.

–Nada –dice–. Ya veo que te canso. Siempre acababas por poner esa cara de fatiga cuando trabajábamos juntos... ¿tan pesado era? ¿tan pesado soy?

–Eras el jefe –digo.

–¿Y ahora?

–Igual.

–Ahora ya no.

–Me canso de mí mismo –digo–, y de nosotros.

–Ya. En fin. Qué le vamos a hacer. La vida nos va metiendo esta rencorina en el cuerpo. A mí se me paró la pierna y a ti se te ha secado el corazón. Pero bueno. ¿te ha gustado mi escrito o qué?

–Sí, mucho –digo.

–Qué poco entusiasmo.

–No parece tuyo.

–¡Ah, eso está mejor!

–¿Qué me ibas a contar?

–Mira –dice K–, quiero colaborar contigo en esto. Me muero de asco. Ya lo ves... Nunca hablé con Labordeta. Me lo crucé mil veces por Independencia y nunca me atreví a decirle nada. Soy un farsante, me creo mis propias mentiras. Igual que tú las tuyas. Quiero colaborar en esa investigación.

–No puede ser –digo–, yo también me muero de asco. No querría hacer esto, pero no puedo elegir.

–No, ya, si lo has escrito muy claro. Por eso quiero ayudarte, por hacer algo, por tener una ilusión.

–Es peligroso; todo lo que he escrito es verdad. La verdad es así de errónea, está llena de lagunas y agujeros: me dejaron solo mientras ella se arreglaba, esto no es una novela.

–Has escrito más, eh.

–Sí.

–Lo sabía, joder. Déjame ayudarte.

–He pegado el primer texto tuyo –digo.

–¿Te gustó de verdad?

–Ya te digo que lo he incluido. Consta que es tuyo.

–No hace falta. De verdad. Con eso me conformo. Voy a ser tu negro.

–Pero no mandes nada más.

–¡El negro de un negro! –exclama–, escúchame, aunque lo firme otro pondrás nuestros nombres en una noticia, ¿verdad?: ‘nota editorial’, ¿eh? ¡Llegar al bar de Borges! Aunque sea de camarero. Oye, ¿no estaba Labordeta en el bar de los escritores?

–Sí –digo.

–¿De verdad? –dice K entusiasmado–, ¡pero si no lo has puesto!

–No puedo ponerlo todo –digo–, no me da tiempo.

–A ver –pregunta–, ¿dónde estaba, en qué parte del bar?

–En la barra –digo–, con Miguel...

–¡Ah qué bueno! –dice K, ilusionado– ¡mira, se ha movido!

En efecto, la pierna ha dado un latigazo. Entonces se levanta K y declama:

Me registro los bolsillos desiertos
para saber dónde fueron aquellos sueños.
Invado las estancias vacías
para recoger mis palabras tan lejanamente idas.
Saqueo aparadores antiguos,
viejos zapatos, amarillentas fotografías tiernas,

estilográficas desusadas y textos desgajados del Bachillerato,
pero nadie me dice quién fui yo.

Me emociono, nos abrazamos y él sigue:

–Qué bueno, Miguel Labordeta. Esta historia del cuento y los escritores que arrojan gente al río me está haciendo despertar la pierna. ¿Lo ves? Déjame ayudarte.

–Ya basta, por favor.

–¿Incluirás esta entrevista conmigo?

–No.

–Vale –dice–, escúchame. Sé quién es la mujer que te encargó que compraras el cuento... Bueno, tú cuando escribas esto puedes seguir con ese truco de no desvelar si es hombre o mujer, pero como yo sé quién es, lo digo. Te has quedado de piedra.

–Sí.

–Distinguida, ¿es ella? Sí, claro que sí. Aunque tú no sabes ni cómo se llama ni dónde vive. ¿Verdad?

–Ni idea.

–¿Sabes por qué la conozco y estoy seguro de que es ella?

–Porque también te encargó que compraras el cuento.

–¡Hostia, touché! ¿Lo sabías?

–Me lo he imaginado –digo–, solo podía ser eso.

–Desde luego a ti no te dará el ictus –dice–. El caso es que antes de ir a vuestra agencia ella estuvo en la mía, que la acababa de abrir. Ya sabes que entonces yo era un poco creidillo y no me pareció un trabajo apropiado.

–No lo era.

–Tampoco para la vuestra.

–Tienes razón.

–El caso es que ahora –dice K–, me arrepiento de no haber aceptado ese trabajo.

–Y yo de haberlo aceptado.

–Nadie está contento –dice–, nadie acierta. Quizá es que con los años todo acaba por torcerse... como esta jodida pierna.

–El caso es –digo– que no sé para qué me sirve saber quién es esa mujer.

–Aún no lo sabes –dice K.

–Me da igual.

–Y creo que no te lo voy a decir.

La cúpula policromada del Barclays, las torres del Pilar, la sierra de Alcubierre, el humo de esa fábrica inverosímil. K se pasa la mano por su poco pelo y dice:

–Rechacé el encargo de comprar un cuento por puro miedo. Esa familia, el padre de tu clienta, había hecho cosas horribles. Y algunos zaragozanos lo sabíamos, aún lo sabemos.

–Qué cosas.

–Atrocidades que no puedo repetir. Durante años he intentado olvidarlas. Es verdad que esa mujer, la que te compró el cuento, ya no ha tenido nada que ver con eso. Pero ella y los demás descendientes, sus hermanos, los hijos, los nietos, siguen disfrutando y viviendo de la fortuna que amasó su padre causando dolor sin ningún escrúpulo.

–Pero eso es lo normal –digo.

–No –dice K–, esto es peor.

–Qué hizo.

–Solo te diré una y dejaremos este tema, que se me revuelve el estómago; es que... hubo otras peores. Algunas salen ahora, cuarenta años después, en los periódicos. Lástima que la justicia no alcance a ese canalla... Por ejemplo, vender agua en vez de penicilina, ya en los años cincuenta... Todavía quedan muchos damnificados de aquel negocio. Y quedamos quienes los conocemos y con algunos nos saludamos; solo por habernos visto durante años, somos íntimos anónimos. Y ellos saben que nosotros lo sabemos. De tarde en tarde te cruzas con uno de ellos por Independencia: no me extraña que esa mujer sienta que no puede salir a la calle, que tenga miedo y vergüenza de encontrarse a las víctimas de los negocios de su padre.

–No me pareció eso –digo–, iba por la calle tranquilamente. Y la culpa del padre no la ha heredado la hija, ella no tiene nada que ver, quizá ni lo sabe.

–No la ha heredado –exclama K– y sí que la ha heredado. Vive de esas rentas. Su padre en la posguerra no tenía fortuna, la hizo toda de esa

forma. No hubiera sido justo que ese hombre pasara a la historia como ganador de aquel certamen de cuentos, y menos como autor de un cuento que al parecer es tan valioso.

–Quizá ella se dio cuenta de que era demasiado bueno –digo– y por eso no lo presentó.

–Pero se lo leyó a su padre –dice K con rencor–: es como si lo hubiera estropeado para siempre. Para mí, ese cuento ya no vale. Por muy bueno que fuera. Y eso es lo que quería decirte, que no vale la pena que sigas con esta obsesión, haciendo averiguaciones tontas. Todo nos viene emponzoñado desde el principio... Y no me refiero solo a esto, todo en general nos llega podrido. Desde antes de Adán y Eva.

–Antes me has dicho que te dejara colaborar.

–Lo he pensado mejor –dice–. Quizá porque ya me has rechazado. No sé. Si ella le leyó el cuento al canalla de su padre, ya está malogrado.

–Le leyó una versión que ella misma había *adulterado* con recuerdos de ambos.

–Ya –dice K–, lo he leído. Es lo mismo.

–La verdad es que sí que necesito tu ayuda –digo, y se le iluminan los ojos, húmedos por lo que acaba de contar–. Pero es peligroso.

–Y más ahora –responde– que sabes quién era tu cliente.

–No me refiero a eso. No me puedo quitar de la cabeza a esos escritores secretos.

–Bah –dice K–, están tensos porque facturan poco, te lo dijeron bien claro.

–¿Para amenazarme con tirarme al Ebro?

–Sí –reconoce– eso es... poco comercial. Pero el miedo que te metieron ha servido para que tú y yo nos volvamos a encontrar.

–Hay otra cosa –digo–. El detective al que encargué que indagara sobre el cuento ha abandonado el caso. Por email.

–Ya –dice–, le habrá salido otro trabajo mejor. Puede ocurrir.

–Quiero que te quedes en la reserva por si me pasa algo.

Se frota las manos.

–Te iré enviando las notas –digo.

–¿Podré...?

–¡No!

–...Corregirlas?

–Si desaparezco, si muero o me pasa algo, añade lo que quieras y publica el informe. Si te atreves.

–Sabía que éramos amigos. Mira la pierna como baila. En dos días podré volver a chutar... marcar goles. Dame un abrazo.

–Pero entretanto no hagas nada, olvídate del cuento y de mí.

–Casi estoy deseando que te pase algo –dice–. No me gusta calentar banquillo.

11 Olga, la hija de K

A los tres días de esta conversación murió K. Su hija Olga —a la que no conocía— llamó para avisarme del entierro; no mencionó la causa de la muerte ni yo me atreví a preguntarle. Acudí al funeral en Santa Engracia y a darle la despedida en Torrero. Olga insistió en verme esa misma tarde, pero estábamos hablando apresuradamente en la puerta del tanatorio y no fuimos capaces de concertar un sitio. Al final tuve que volver al torreón del Coso, donde aún me parecía estar con mi amigo, su pierna y mi culpa por haberlo relegado al banquillo.

K le contó todo a su hija. Y le hizo leer el informe.

Olga me dijo que el mismo día en que yo estuve con K en su ático, ella y su padre fueron a la finca de la mujer que treinta y dos años antes nos había encomendado comprar un cuento (se llama Claudia).

Una torre a las afueras. Muros muy altos, alarmas, perros, cámaras. Un lugar aséptico, impenetrable, siniestro, según Olga. Les recibió la mujer, que sabía que K estaba al corriente de los turbios negocios de su padre, y fue directa al asunto. Les dijo que ella intentaba reparar en lo posible el daño que había causado su progenitor y que por eso gestionaba y costeaba esa residencia en la que velaban por los damnificados que aún seguían con vida (a cuyas familias ella se había cuidado de indemnizar, añadió), además

de a otros enfermos y ancianos que nada tenían que ver con las fechorías de su padre. En efecto, por los jardines, que a Olga se le antojaban laberintos, podían ver a enfermeros conduciendo sillas de ruedas con pacientes de distintas edades. ‘Pensé que no saldríamos de allí con vida’, dijo Olga. En la puerta no había ninguna placa. ‘Al menos en eso, concluyó, es una residencia clandestina’.

–A mi padre lo único que le importaba era el cuento –dijo Olga–, quería conseguir una copia, o al menos que ella le permitiera leerlo. Se puso verdaderamente pesado, mientras yo le tiraba de la chaqueta para que dejara de insistir porque la situación resultaba violenta.

La mujer, con una amabilidad distante, les dijo que los cuentos (el original y el que ella había alterado con sus frases) se perdieron en una mudanza. Y que se alegraba de haberlos extraviado. En ningún momento les preguntó cómo sabían que ella tenía esos cuentos.

–¿Y qué quieres que haga? –le pregunté a Olga, la hija de mi amigo K.

–Que vaya a verla.

–¿Para qué?

–Estoy segura de que a usted le entregará el cuento.

–¿Qué más da eso ahora? Tu padre ya no podrá leerlo.

–Mi padre quería que se publicara el informe, con su texto. Pero tiene que incluir el cuento. Él estaba seguro de que ese cuento cambia a los que lo leen. Y usted también lo cree, o lo sabe ¿no?

–No –dije.

–Bueno –dijo Olga–, vaya a ver a esa mujer, es un último favor que le pide mi padre. Se lo pido yo en su nombre.

–De acuerdo, iré. Pero ¿por qué habría de entregarme a mi el cuento si es que lo tiene?

–Salimos de allí convencidos de que ella guarda los dos ejemplares. Debe usted intentarlo. Estoy segura de que estará esperando su llamada. Aquí está su teléfono y las señas. Cuando vaya, avíseme.

–¿Por qué?

–No lo sé. Estaré más tranquila. Y cuando salga de allí mándeme un sms. No se olvide.

No me atreví a preguntarle qué le pasó a K (de qué murió). Ella tampoco lo mencionó.

Me dijo que se acordaba de una vez que yo estaba hablando con su padre en la puerta de la agencia, cuando ella era una niña. Y que nos reíamos.

No sé por qué pero le he enviado a Pedro Santos lo que he escrito hasta aquí y hace un rato ha pasado a buscarme.

Lleva el lado derecho del coche lleno de arañazos, como si compartiera el garaje con un tigre; su estado interior muestra el mismo desamparo, las mismas raspaduras. Explica que la cofradía de escritores secretos se está descomponiendo: ‘una hermandad que tenía más de cien años’.

–Nos han destrozado –dice mientras conduce por los arrabales que rodean el bar en que nos citamos la primera vez. Conduce despacio, como buscando algo. Las vías oxidadas de antiguos trenes se pierden al fondo de la calle Benjamín Franklin. No se ve un alma, ni la furgoneta de patatas fritas que aparece en los sitios deshabitados; es como si esta parte de la ciudad hubiera desaparecido. Recuerdo la tienda de fotografía y la sonrisa bonachona de Manuel Calvo Pedrós y pienso en K y en que no he tenido valor para preguntarle a Olga de qué ha muerto. (Y se me ocurre la idea absurda de hacerle una necrológica en Menéame, aunque nunca llegaría a la portada. Algo breve, por ejemplo: “K, enganchado a este sitio, que le salvó la vida”.)

Pedro Santos salta de una conversación a otra, se disculpa por el estado del coche; al parecer las abolladuras son de la noche anterior:

–He tenido que ampliar mi catálogo –dice–, lo del puente es muy limitado.

–Ahora se dedica a atropellar.

–Más o menos –dice–, a todo se aprende.

Le pregunto por Linda. Él sigue hablando del ataque que han sufrido.

–Han usurpado nuestras contraseñas, nuestras identidades, algo que por lo visto sucede a menudo en este mundo. La identidad de Linda y la mía, que éramos la directora gerente y el jefe de producción, respectivamente. Sí, enseguida pensamos en usted, con esa apariencia de infiltrado inofensivo, que los hay, topes que se limitan a esperar, a pasar información durante años, un agente dormido... Usted pudo obtener las claves mientras Linda se arreglaba y yo me consumía esperando en la calle; le sobró tiempo...

–Ya ha visto que le escribí a K.

–Sí –dice–, un email bastante largo, buena coartada. Aunque todo eso de K puede ser una invención suya, ¿no? ¿Qué gana con eso?

–No lo sé –digo.

–Bah, no se preocupe, no creemos que haya sido usted. Y si lo hizo, le felicitamos doblemente: por hacerlo y por evitar ser descubierto, o ser considerado sospechoso. Ahora, que yo le tengo en cuarentena.

–Ojalá no le hubiera enviado aquel email a K.

–¿Cree que lo han matado por su culpa –dice–, por haberlo involucrado en esto?

–Podría ser –digo, quizá buscando que él me exculpe.

—No me extrañaría nada —dice Santos—, tiene usted una cierta capacidad para dinamitar organizaciones o eliminar personas sin mancharse. Como profesional créame que le admiro; si tuviera algún indicio de que usted había urdido todo esto le pediría un autógrafo, especialmente por lo bien que disimula sus intenciones. Le pediría su autógrafo y luego, al agua patos. ¿Por qué me ha llamado? ¿Por qué me ha enviado esta nueva remesa de textos febriles? ¿Qué más quiere destruir?

Me encojo de hombros.

—¿Por qué no deja de escribir? ¿A quién le van a interesar sus delirios? —dice—. Ah, ya lo sé, me ha llamado para conseguir nuevo material. Se ha muerto su amigo K y se ha quedado sin personajes. Usted mismo los pulveriza, los aniquila con su prosa tóxica... Ahí tiene una buena frase, ¿la ha grabado?

Pedro Santos sigue conduciendo despacio por las últimas calles, la carrocería roza las hierbas que invaden la calzada.

—Me gusta este barrio —dice—, aunque me crié en Las Fuentes; también allí hay calles en las que se acaba la ciudad. A veces vuelvo a esas lindes, a la gasolinera. A Linda y a mi nos han suplantado.

—Les han podido robar la identidad digital —digo—, pero eso no es todo. ¿No conocen personalmente a otros miembros?

—A muchos —dice Santos—. Intentamos salvar la organización. Y salvarnos nosotros.

Estamos en la ruta de regreso, la ciudad se vuelve a reconstruir. Sé que no veré a Linda.

–No me suena esa mujer de la finca –dice él–, Claudia, nunca había oído hablar de esa historia, aunque tampoco me extraña, ¿va a ir a verla?

–Esta tarde –digo.

Me mira con cierta camaradería.

–Quizá es pedir demasiado –dice–, pero, si encuentra el momento, ¿podría darle a esa mujer mi tarjeta? Ya sabe dónde están, en la guantera. Tome una, por favor. ¿Quién sabe? Igual me necesita. Puedo hacer de chófer, de escritor... de biógrafo. Usted ha comprobado en sus propias carnes que como intimidador soy bastante bueno, sé hacer el sicópata. Me temo que ahora me va a sobrar tiempo, al menos en una de mis dos profesiones. Y quizá en las dos... Ya ofrecen servicios por trescientos euros más billete de avión. Por ese dinero yo ni salía de casa. Ahora tendré que hacerlo.

–¿Sabe Linda que ha venido a buscarme?

–Linda y yo tendremos que estar un tiempo sin vernos. Aún no hemos valorado todos los daños de la intrusión. Tal vez le parezca sereno, pero podría estar hablando con alguien verdaderamente desesperado, al borde de hacer una barbaridad. Oiga –añade–, le suplico que si consigue el cuento, y esa chica, la hija de K, parece estar muy confiada en que así va a ser, si lo consigue, le pido que se lo pase a Linda. Ella lo necesita más que nada en el mundo, y más que nadie.

–La quiere.

–¿Yo? Qué tontería.

–Le enviaré el cuento a Linda...

–¡Gracias!

–...Si me da su email, o su móvil.

–Imposible –dice–, nos han robado las claves.

–A usted le ha llegado mi email de hoy, el adjunto...

–Yo tenía dos direcciones –dice.

–Linda me dijo que su marido era policía.

–Teníamos más miedo que usted. Pensábamos que con la excusa del cuento usted venía a por nosotros. Y, en parte, así ha sido. Usted, sin querer, nos ha dado la puntilla.

–Hombre.

–O queriendo... ¿eh?

–¿?

–Esa noche le hubiera tirado al río de puro miedo. Ya puede jurar que se salvó por los pelos. Se salvó por Linda...

–Entonces –digo–, es cierto.

–Qué, –dice él–, ¿lo del río?

–Sí.

–Puro marketing.

13

NOTAS 3

1

El taxista que me lleva a la mansión de Claudia no sabe llegar a ese barrio rural. Y yo, que sabría, no puedo entender el exterior. Cada calle y cada descampado de esta ciudad me devuelve un yo diferente; aunque el conductor no parece verlos, muchos de estos yoes se abalanzan al paso del taxi como esos peatones zombies que buscan ser atropellados una y otra vez. Mis yoes extraviados se presentan con la insolencia de cuando todo parecía posible (a ellos se lo parecía), pero quizá solo tuvimos una oportunidad o ninguna. Quizá son ellos los que hacen errar el rumbo al pobre taxista. Aunque él no pueda verlos se le introducirán en sus sistemas y le toquitearán los ganglios como si fueran las cuerdas de un contrabajo. Los conozco. La mujer me estará esperando en vano en su mansión rodeada de altos muros.

3

¿Y si los intrusos que han violentado el sistema de la hermandad de escritores no pretenden controlar la organización sino alterar los relatos que cada autor va escribiendo contra el reloj y según las indicaciones de los ejecutivos que a su vez interpretan los designios del mercado? ¿Y si esos

infiltrados forman parte de una conjura para barajar los finales con que la factoría de escritores secretos ensambla sus novelas?

Llamo a Pedro Santos por si le sirve esta hipótesis que encaja bien en el desorden de estos días (quizá los escritores secretos redactaban, sin saberlo, el guión de estos abismos que llamamos realidad, quizá son ellos, y otros como ellos, los que reescriben e indexan esos mundos ya irreconocibles). Si yo formara parte sin saberlo de esa confabulación, sería el señuelo.

La muerte de K me ha dejado fuera de la geometría de los hechos (se me ha llevado con él); lo nombro una y otra vez para hacerme a la idea. Es cuestión de perseverar: alguna de estas frases conseguirá darle la consistencia que hasta ayer tenían las cosas.

Aunque ni él ni yo estábamos ya en el mundo. Antes de su muerte ya veníamos sobrando. A pesar de que acabábamos de reencontrarnos después de muchos años, su ausencia —aún increíble— me deja como si nadie me sujetara en este mundo de los vivos, o de los medio vivos ya en trance de extinción.

Hace falta mucha más energía para sostener a alguien aquí que para elevarlo al bar de los escritores. En ese bar cualquier metáfora se revisa con cuidado pero una vez admitida ya crea vida y pone en marcha la máquina prodigiosa del mundo.

Si alguien usurpara mi identidad digital, como les ha ocurrido a Linda y a Santos, ¿quién daría fe de mi ante el juez? Soy como los espectros de la novelita de Enrique Gómez, donde las sombras asesinan a sus propios dueños.

4

El taxista no logra entenderse con su emisora. Compruebo con alivio que nos hemos extraviado. Le digo que regresemos a la ciudad.

Santos no contesta. Decido quedarme quieto (si pudiera leer, suspender esta misión errática que aún tira de mí como una goma). Llama Olga, la hija de K, a ver si ha ido todo bien. Le digo que sí, que no se preocupe. Me pregunta si tengo el cuento.

–No.

–Vaya –dice, parece decepcionada y aliviada a la vez. Tampoco por teléfono me atrevo a preguntarle de qué ha muerto K. Deduzco que ha sido algo normal (qué normales nos parecen las muertes de los demás, pero K me arrastra con él y quizá su remolino está succionando también al taxi, que vadea a duras penas el río del no ser).

Olga dice que la avise cuando publique el informe.

El teléfono nos ha salvado al taxista y a mí, nos ha retenido –parece– a este lado de las cosas: de nuevo el campo, estrechas franjas entre las vallas de las autovías., las bolsas de plástico que bajan volando por el valle del Ebro.

5

Telefonea la mujer con la que había quedado –he olvidado avisarle de que no iba a llegar–, Claudia. No soy capaz de hablar con ella. Después de nuestro encuentro en la calle, cuando aún quedaba mundo, no me hubiera

importado volver a verla. Pero la visión de K me ha contaminado –el prestigio de morirse– y a medida que él se aleja en todas direcciones aumenta mi odio hacia ella. Odio derivado, de segunda clase, pero odio.

5

Abro la novelita de Enrique Gómez. Le debo a este libro su dosis de atención para que Enrique pueda seguir en el bar; le debo ese tiempo, como el que riega las plantas del vecino.

No puedo releer la novelita de Enrique. No quiero arriesgarme a que esta vez no me guste y él tenga que abandonar el bar. Sin duda, a algunos escritores les habrá pasado, y será un momento infinitamente más triste que la primera muerte. Se acercará el camarero –quizá uno de esos fans que quedaron atrapados y que no están ni muertos ni vivos– y le dirá: ‘Señor, ya no le quedan admiradores ahí abajo, nadie le recuerda, si es usted tan amable, debe abandonar el local’

Ojeando el librito de Enrique encuentro estos párrafos.

Alguien entra en la muerte de visita y desde allí maneja los hilos de sus vidas –como si llevara las riendas de un carro– pero sin dejar de vivirlas desde dentro. Cuando estaba en la vida le parecía que solo había una (y le resultaba excesiva).

Al final sale a este cuento y ya no quiere ir a ningún sitio más. Comprende que este cuento es la salida natural de esa muerte simulada o poética, que quizá era la única disponible o simplemente la muerte, que no era más que los restos invividos de sus vidas, los flecos.

Ese hombre o mujer nos ha dejado este testimonio:

Caí en esta novela por amor y una vez dentro de ella me dejé llevar por unas líneas que siempre comenzaban así: caí en este cuento por amor y ocupado en tantas cosas (la vida ahí fuera) no me di cuenta de que el texto estaba impregnado de la sustancia de los sueños.

Mis soledades me ayudaron a mecarme en el cuento y cuando, vencida la tarde, quise volver a esa vida que había dejado en la puerta como quien deja la moto o el caballo, ya no estaba.

Así que me quedé dentro del cuento. De tarde en tarde me llegaban noticias en lenguas extrañas, frases alanceadas por el viento. Supe que aunque la nostalgia me reclamara jamás volvería a aquellas confusas realidades catastrales. Y qué bien se estaba con mi amor y cien o doscientas palabras. Por ejemplo, la palabra 'desayuno'. O la palabra 'diamantes'. Recordé que si salía del cuento me encontraría en la novelita que lo envolvía. Y dentro de esta doble protección me quedé para siempre... en sus brazos.

Más adelante, uno de los personajes de 'Entre sombras' ofrece esta idea de las novelas:

Una novela ha de ser autosuficiente, independiente del mundo y de sus mercancías. Una novela ha de poder vivir de sus propias palabras, que son el único ejemplo de movimiento perpetuo, pues entregan más de lo que consumen y mientras lo hacen son eternas. La novela es la creación humana que mejor se enfrenta y vence a la segunda ley la de la termodinámica.

La mujer que hace treinta y dos años nos encargó que compráramos el cuento, Claudia, se ha presentado hace un rato en mi casa con una carpeta azul de gomas. Ha extraído de la carpeta varias hojas mecanografiadas y las ha depositado en la mesa.

–Aquí –dice–, su amigo K se presentó en mi casa con su hija a presionarme, fue muy desagradable

–K ha muerto –digo.

–Lo siento –dice–, no lo sabía.

–Se publicó la esquela.

–Vivo al margen del mundo –dice Claudia–. Me resultó bastante enojosa la visita de K.

–¿Por qué ese empeño en entregarme el cuento? –digo.

–Ya no lo necesito –dice–, le he sacado todo el partido... Gracias a él, tengo algo mejor. Me ha servido de inspiración para mi empresa.

El odio de segunda mano que me inculcó K hacia esta mujer se ha evaporado. En su lugar se abre un cansancio infinito (quizá tengo hambre).

–Lo que vendemos en mi empresa –prosigue– es tiempo de procesamiento cerebral.

–Pensamiento.

–No exactamente –dice–, el pensamiento se supone que es libre, aunque es una presunción un poco exagerada. Les indicamos a los cerebros

en qué han de trabajar, todos a la vez. Hemos eliminado las distracciones en casi un noventa por ciento.

(Me quedo callado; temo que haya venido a venderme algo).

—¿Imagina lo que es eso?

—No.

—Esa potencia permite crear un mundo entero —dice ella mirándome fijamente—. O duplicar un mundo ya existente. Con todos sus elementos. ¿No le suena?

—No mucho —digo.

—Esa idea ya estaba en el cuento —dice señalando a la carpeta—, aunque no de esa forma tan explícita.

Le pregunto por qué me dijo que yo, al leer el cuento, había alterado la realidad.

—Es evidente —dice ella—, ¿no se da cuenta?

—No.

—A mí me ha costado treinta años —dice, levantándose—, aún tiene tiempo. Vive usted dentro del cuento, pero por lo visto no lo sabe. O no quiere reconocerlo.

Al ver a su chófer abriéndole la puerta del auto recuerdo la tarjeta de visita que me dio Pedro Santos; le digo a Claudia que espere un momento, encuentro la tarjeta y se la entrego con mi más encarecida recomendación.

Intento deshacerme del cuento. Ahora que lo tengo, no lo quiero. No me creo que sea el original. La carpeta me da miedo.

Si me hubiera quedado en casa solo con el cuento nos hubiéramos derrumbado los dos. Lo llevo a casa de Linda.

Tres cuartos de hora a pie, a buen paso. A pleno día, con el cuento escondido en una bolsa del Corte Inglés; la bolsa neutraliza cualquier objeto que viaje en el interior. (En su segundo texto –que no lo he incluido–, K escribía que en Zaragoza, durante treinta años, siempre que se publicaba una foto relacionada con un crimen, aparecía una bolsa de Galerías Primero. Y afirma que tiene las pruebas archivadas en su torreón del Coso).

Voy como si llevara un carro caliente, de esos cargados con nitroglicerina, o una bomba. Intento no pensar en nada. Rezo para no tropezarme con ningún conocido (excepto K, a él sí que me gustaría verlo: le entregaría el paquete y le diría ‘ahí tienes el cuento, publícalo tú y olvidémonos de nuevo el uno del otro, olvidémonos hasta siempre, Jiminuflio’). He bajado por Sagasta por si veía a K, pues todo me parecía ya posible.

Me asaltaban toda clase de terrores: que mis ex socios me salían al paso y me interrogaban durante horas; que me interceptaba Pedro Santos en un

callejón (¡o en el puente!). Pero no ha pasado nada; he sido, como siempre, invisible.

Aquí estoy, en casa de Linda, en el improbable Séptimo A de un barrio casi deshabitado.

Me recibe un hombre con traje y corbata.

–Pase, por favor, Linda no está.

Dos jóvenes chinos, también con corbata, recogen los discos duros de los ordenadores y montones de folios impresos.

Le entrego la carpeta al hombre y le digo:

–El cuento.

–Ah –dice él, sin intención de cogerlo–, Linda vendrá enseguida. Si quiere sentarse... Usted es el que prepara el informe, ¿verdad?

Se sienta a mi lado mientras los chicos siguen recogiendo con cuidado papeles, memorias, cuadernos.

–Me llamo Jaime –dice–, la empresa para la que trabajo acaba de llegar a un acuerdo con Linda, ya sabe, con los escritores secretos, que ahora colaboran con nosotros.

–Ah –digo.

–He leído sus notas –dice–. Nunca he visto el cuento personalmente pero sabemos algunas cosas sobre él. Se las voy a decir por si las quiere incluir en su dossier. El cuento da la posibilidad de entrar en él, de vivir de alguna manera dentro del universo que crea con sus palabras. Ahora casi estamos en condiciones de entender eso, de explicarlo a través de la

ciencia. Al menos, no nos resulta algo fantástico. También sabemos que todo el que lee el cuento lo modifica.

Jaime desgrana estas insensateces de carrerilla, como si se las hubiera aprendido para hacer un test. Me mareo. El cuento que yo perseguía se ha convertido en un plan de empresa.

–No es el original –digo, sacando la carpeta de la bolsa del Corte Inglés–, acabo de darme cuenta.

–¿Se lo ha dado la señora que se lo compró?

–Sí –digo–, ¿cómo lo sabe?

–Es la única que lo tenía –dice él–, ¿no?

–Sí.

–Esa señora, Claudia, tiene una empresa que también trabaja para nosotros –dice Jaime–, ¿le ha explicado ella en qué consiste su negocio?

–Sí –digo–, aunque no he entendido nada.

–Estamos creando una realidad nueva –dice él, y se corrige–: bueno, una no, infinitas.

–Una especie de mundo virtual –pregunto ya sin fuerzas, por educación.

–No –dice él–, a no ser que admitamos que el mundo de siempre, la realidad de toda la vida, también lo es. Lo que estamos creando tiene la misma virtualidad o realidad que el universo al que estamos acostumbrados, en el que hemos vivido siempre...

–¿Y qué tiene que ver eso con el cuento?

–No lo sé –confiesa–, yo soy comercial. Por lo que he leído, el cuento sirvió de inspiración; algunos sostienen que contiene una profecía o un

programa, quizá una especie de manual de instrucciones. En todo caso, pensamos que la persona que lo lee ya puede acceder a ese mundo que estamos creando... o ya entró en el pasado... ese sería su caso, o el de Claudia... ¿por qué dice que este ejemplar no es el original?

–Ella hizo una copia modificada –digo.

–¿Cree que le ha dado esa copia?

–Sí –digo–, ella quiere que su padre esté en el nuevo universo: salvarlo.

–De qué.

–De sí mismo, de sus infamias, del infierno...

–Ya puede ser –dice él–. Pero cualquier lectura cambia el cuento, de manera que siempre es el original y todas las copias son el original.

Nos quedamos pensando en lo que acaba de decir. Ya me he perdido demasiadas veces y quiero dejar el informe. (Afrontaré el vacío de mi vida sin más dilaciones). Por no parecer descortés (y para hacer tiempo a ver si llega Linda) le pregunto:

–¿Cuántas personas podrán acceder a ese nuevo universo que están creando?

–De momento es restringido –dice–, pero vamos, no tiene límite.

–De pago –pregunto.

–Habrá muchos extras.

–Lo único que recuerdo del cuento que leí yo –digo– es que prometía la inmortalidad. ¿Su universo también?

–Hombre claro –dice él–, en la versión Premium.

–Una cosa más –digo, poniéndome en pie–, ¿ahora en cuál de los dos universos estamos?

–En el de siempre... creo.

–Y si incluyo el cuento en el informe, ¿la persona que lo lea entrará al universo nuevo?

–No tengo ni idea –dice–, entrar es un acto voluntario. Pero, por poder... sí.

–En ese caso –digo–, sería un acceso gratuito.

–Sí –dice–, podemos considerarlo como una invitación, aunque sin garantía ni mantenimiento.

Intento llamar a Linda, pero me han cortado la línea por falta de pago. Me quedo escuchando la voz sintética, el sonido más dulce que he oído en mi vida: siento que no ha sido grabada, que una máquina la está generando especialmente para mí, con mis números, mis datos y los números que le envía el ordenador del banco. Me siento único en el universo. Es el segundo aviso. ‘Ocho euros de recargo que le serán abonados en la próxima factura’.

‘No habrá próxima factura’, pienso.

Como Linda no viene recojo la carpeta con el cuento, me despido de Jaime y bajo a pie los siete pisos, tanteando de vez en cuando las paredes.

Estoy en algo que ya no existe, quizá en unos cuantos recuerdos, cuando recitábamos a Miguel. *Pero nadie me dice quién fui yo.*

Me encuentro a Linda en el portal. Damos un paseo alrededor de la manzana. Le entrego el cuento pensando que le ofrezco el mejor regalo, pero ella lo rechaza.

–Ya no lo necesito –dice–, hemos hecho cambios en la hermandad, ahora trabajamos para una filial de Google. ¿Ha estado arriba?

–Sí –digo.

–Me he quitado un peso de encima... ¿Sabe lo que es hacer dos novelas por semana?

–Pues...

–¿Y al mismo tiempo dirigir un organización que se hunde? Han sido unos meses espantosos. Cuando digo ‘hacer una novela en dos semanas’ me refiero a un trabajo en equipo, con la máxima compenetración: a cada especialista le pides una escena, un personaje, una trama, un título, el final, etc, y tienes que ajustar y darle coherencia a ese monstruo. No podía más... Y ya no daba para vivir. ¿Sabe quién ha acabado con nuestra factoría clandestina?

–No –digo–, espero que no sea yo.

–Da igual –dice–. Aún nos queda un veinte por ciento del mercado, mantendremos un equipo en ese nicho, pero yo ya me he liberado.

–Ahora podrá escribir lo que quiera.

–Ya no quiero –dice Linda–. Espero recuperar algún día esa ilusión por la literatura. Solo necesito descansar un poco. Ya escribía de verdad, y bien, lo mejor que he sabido, pero a toda velocidad. Siempre sin tiempo. A la hora de ensamblar todas esas piezas de las novelas tienes que meterte en la piel de los personajes, darles un poco de tu alma. Si no, no funciona. Creo que eso es lo que me estaba matando, el foco de mi angustia: llevo dentro a todos los personajes de los últimos meses. Algunos me persiguen durante años. Y a Pedro le pasa lo mismo. A veces me despierto a las cuatro de la madrugada hablando con un personaje de una novela que ya está en las librerías desde hace tiempo, intento darle explicaciones, me pregunta por qué no le dediqué más tiempo, todos quieren un poco más de vida, un poco más de mi alma. Ellos se dan cuenta de que con tanta velocidad, con esos plazos de entrega, aunque les hayamos dedicado lo mejor, no van a llegar a nada. Saben que no van a poder hacerse un hueco en el corazón de sus lectores, o que nunca llegarán a encontrar a esos lectores. Tampoco ellos tienen tiempo, por lo visto. ¿Me entiende?

–Sí –digo–, utilizo un programa de transcripción automática para redactar mi informe. A veces les cambio las frases a ustedes...

–Pero usted lo hace porque quiere –dice ella–, no necesita correr. Puede recrearse en cada escena, en cada persona.

–Eso pensaba –digo–, pero también tengo las horas contadas.

–¿Por qué? Ese cuento lleva años escondido.

–He de correr –digo–, lo único que sé es que se me acaba el tiempo. O ya se ha acabado.

–Entonces ya sabe cómo me siento –dice Linda–, quiero descansar.

–¿Por eso no acepta el cuento? –digo mostrando la bolsa, que ya me pesa más de mil kilos. Ella la mira con aprensión.

–Estoy agotada –dice–, y le he cogido miedo. Estos de Google parecen saber muchas cosas sobre el cuento... y ninguna me gusta, ninguna encaja con lo que yo soñaba. Durante años lo he buscado. Lo he buscado incluso dentro del 'Manuscrito encontrado en Zaragoza'. Hasta he llegado a aborrecer a Enrique por no habérmelo dado a leer... Ahora creo que lo hizo para protegerme. ¿Sabe que alquilamos nuestros cerebros?.

–Más o menos.

Dicen que los escritores clandestinos rendimos más que la media, que estamos muy disciplinados y que les proporcionamos la potencia que necesitan para generar ese mundo nuevo, ¿se lo ha contado Jaime?

–Sí –digo–, no he entendido nada.

–Ya –dice ella–, pagan bien.

Suena su móvil. Lo silencia y dice:

–La literatura y el software es lo mismo. Ellos tienen una palabra para eso. En realidad es literatura, software y adn. Tres en uno.

–¿Qué palabra?. (Aún pienso que una o dos palabras me pueden indultar; creo que me educaron para un mundo que nunca llegó a existir).

–No la recuerdo –dice Linda–, unas siglas en inglés.

–Jaime tampoco quiere el cuento –digo–, ahora resulta que no lo quiere nadie. Ni yo.

–Tienen razón los de Google –dice ella–, eso significa que ya estamos dentro.

–¿Qué?

–Ya se lo explicaré otro día; ahora tengo que irme. Nos veremos...

–Cuándo.

–Infinitamente.

18 (Vacío)

19 NOTAS 4

1

El cuento que me ha entregado Claudia es una falsificación. Tiene erratas, rspaduras, tipex.

2

Pedro Santos me llama para agradecerme que le haya dado su tarjeta a Claudia. Lo ha contratado: ahora trabaja para ella como jefe de seguridad. Dice que a Claudia le hizo gracia lo de “Asesino y Escritor”. Es un mensaje en el contestador. No lo transcribo.

3

Me llama el detective.

Me ha llamado el detective. Ha insistido en que fuera a verle a su oficina, que está cerca del ático donde K se asomaba al mundo.

Voy por esas calles haciendo como que no soy yo (nunca fui yo). Voy evadiéndome de K, cuya sombra me persigue, como en la novela de Enrique, donde las sombras se rebelan y asesinan a sus propietarios. Prófugo de mí mismo y de mis errores me arrimo a las fachadas y juego al ajedrez con las baldosas (un damero de pesadilla, alargado, incesante). Aceptaré lo que quiera decirme el detective, ya no sabré dudar. Prefiero vivir en esos universos diseñados por Google, en el confort de la nada, en los huecos del cuento: sabiéndolo falso y mil veces reescrito y violentado, me conformaré en sus líneas atroces. (Soy un personaje de la cadena de montaje de Linda, uno de esos que sienten que se quedaron a medio escribir. Y aun siento que me sobran líneas).

El detective me hace pasar a su despacho en el que no hay más lujo que una fonola de los años setenta, tan brillante que parece recién estrenada.

–Le debo una disculpa –dice depositando su reloj en el escritorio, como si fuera a impartir una clase para un solo alumno.

–Claudia –dice– se enteró de que usted quería investigar sobre ese cuento y me presionó para que abandonara el caso. Deduje que se lo dijo uno de sus ex socios, que quizá mantenía con ella alguna relación profesional, o que vio la oportunidad de obtener algo a cambio del favor. Claudia me hizo una oferta que, tal como están las cosas, no supe rechazar. Para que se haga una idea, esa gramola es de un cliente que no puede pagarme, la han traído esta mañana. También tengo una moto de 750 cc y la escritura de un olivar en Belchite. El caso es que ayer llamaron de la empresa de Claudia para decirme que ya no necesitaban mis servicios, que consistían en no abrir la boca; así que ya puedo explicarle a usted lo que averigüé sobre el cuento.

Le hago un gesto para que continúe. Es un hombre grande, que no queda bien encajonado en el escueto escritorio. Mira el reloj y prosigue:

–El día que le llamé le dije que no había encontrado el cuento. Me equivoqué, la literatura no es lo mío. En realidad, la pieza que usted buscaba tampoco es un cuento.

Se agacha, toma con las dos manos una caja de cartón que parece a punto de deshacerse y la deposita encima de la mesa. A pesar de que lo ha hecho con cuidado, una nubecilla de polvo se expande alrededor. Saca unas páginas amarillentas y me las entrega.

–Es suyo –dice–, se lo puede llevar. Si quiere leerlo ahora, aprovecho y salgo a fumar.

El texto conserva el principio del original (la línea del infinito, la única que recuerdo), pero enseguida se convierte en una enumeración de las iniquidades que cometió –al menos su hija se las achaca en este documento– el padre de Claudia, que son muchas más de las que me dijo K. Ella se dirige a su padre reprochándole todos sus delitos. Claudia tendría entonces –cuando vino a encargarnos el cuento– unos veinticinco años. Quizá intentó que su padre expiara sus culpas públicamente introduciendo esta lista pormenorizada de delitos en un concurso de relatos; ella pensaría que nada iba a trascender oficialmente, pero sí que acabaría por desvelarse; Claudia pudo prever que esos horrores acabarían por impregnar y conmocionar a toda la ciudad. ¿Por qué encargó la redacción de un cuento y pagar por ello si iba a reemplazarlo? ¿Por qué conservó la línea maestra del original? Si se lo llegó a leer a su padre y le hizo saber que iba a presentarlo, el hombre debió de llevarse un buen susto (a K le hubiera gustado saberlo).

Si la primera frase del cuento facilita el acceso a esa inmortalidad compartida, como promete, el padre debe de estar en alguno de esos presuntos universos (en el que yo, al leer ahora la frase, acabo de entrar).

Le digo al detective, que ya ha regresado, que puede hacer lo que quiera con la caja de los cuentos.

–¿Lo ha leído? –le pregunto, para asegurarme de que me hará compañía en ese infierno, con el padre de Claudia (y con ella misma).

–De cabo a rabo –dice–, ¿sabe? creo que voy a investigar esos crímenes. Es mi oficio. Y no tengo nada que hacer. Seré mi propio cliente.

–¿Puedo saber quién telefoneó para anular su ‘contrato’ con la empresa de Claudia? –pregunto.

–Espere –dice–, lo tengo apuntado. Como no lo conocía, llamé yo para verificar si trabajaba allí. Sí, aquí está, es el jefe de seguridad: Pedro Santos.

–Gracias –digo–, envíeme la factura.

–Ni lo sueñe. No me caben más motos...

Me pide que le remita las notas de este informe, cosa que hago en el acto. Ya en la puerta de la oficina, un piso en un inmueble de cien años, le pregunto:

–Cuando hablamos me dijo que había algo más...

–Sabe, tengo una sensación extraña –dice–, como si el tiempo se hubiera detenido.

–Pero entonces no se refería a eso.

–He de hacer unas comprobaciones –dice–, le llamaré.

Sé que por estas calles del centro voy a encontrarme a Olga, la hija de K, y prefiero evitarla. Como el protagonista del cuento que viaja a otra ciudad para alejarse de la muerte que le espera en la ciudad de destino me dirijo a la plaza de San Miguel. Tiene razón el detective, hay un tempo lento, como si estuviéramos ya en el experimento de Google, dentro del cuento o en la sopa de Comala.

Me encuentro con Eloy, que va a dar un paseo, y me cuenta el mismo chiste de siempre (pero esto ya ocurría antes, en las vidas normales, si lo fueron) y me vuelvo a reír como siempre. Charlamos un rato del primer tomo de sus memorias, del Abuelo, que lo abarca todo con su ausencia. (En su segundo texto K reflexionaba sobre el significado del tranvía en este momento terminal: el tranvía sería una forma de sujetar las calles, de reafirmar la ciudad y de anclar dos o tres ideas que se están evaporando o que quizá ya no existen, excepto en las memorias de Eloy). Nos despedimos pensándonos en el Abuelo. Podría haberle dicho a Eloy lo del bar: que vi a Labordeta. Vuelvo sobre mis pasos para decírselo (ese árbol que asoma sobre una tapia y verdea la calle) y ahí viene K, con la pierna inmóvil, cargada con la electricidad de cien tormentas.

–Es un milagro a medias –le digo, señalando el bastón.

–Sí –admite–, la pierna no me sigue, creo que se ha parado otra vez, o que se ha quedado atrás en el tránsito.

Por ese detalle de la pierna, y porque está vivo –o yo muerto–, comprendo que su observación es bastante precisa.

Oigo esos cerebros zumbando, sincronizados, pensando a la vez, sin distracciones ni veleidades. Suenan por toda la ciudad, como si fueran el siseo mineral del tranvía. Conozco al menos dos fábricas de realidad, aunque ambas trabajan para la misma empresa, pero hay muchas más. Los empleados están contentos: pagan bien, no hay que hacer nada más que tumbarse y dejar que te implanten unos neurochips; dicen que se sale con la mente fresca, en plena forma para que cada cual pueda concentrarse en sus cosas, en todas sus vidas y también en las que sus propias mentes ayudan a crear: infinitas vidas nuevas.

–Quisimos ser escritores –dice K–, ¿recuerdas? Necesito que me lo confirmes. Quisimos ser escritores y casi lo logramos, ¿eh?

–Casi –digo.

–Rozando el larguero –dice K.

–Hay tiempo –digo–, aún nos queda una eternidad... o un día.

–Dime que no estamos muertos –dice K sin dejar de escrutar a la gente que va y viene por la calle San Miguel, bajo el árbol que desborda la vieja tapia, al fondo la iglesia con el diablo en la fachada.

–Qué más da –digo, aferrándome al móvil–, no seas tan susceptible.

Me llama el detective. Vuelvo a su despacho. Ha conseguido un transformador de 125 y ha enchufado la gramola, pero solo funciona con monedas antiguas.

–Esta es mi conclusión –dice–, los escritores clandestinos de Zaragoza han custodiado durante siglos el cuento original, que no es esa burda copia que a usted le han endosado. La hermandad, o como quiera llamarla, es una tapadera, una organización dedicada por entero a preservar ese texto que, en efecto, permite reescribir el mundo, hacer copias, vivir en ellas indefinidamente. Y, en definitiva, a convertir las ficciones en realidades. Ese tal Enrique Gómez, por motivos que desconocemos, quiso dejar una pista sobre el cuento y usted, treinta años más tarde, y tal vez inducido por el propio cuento, o por la mujer que se lo compró –Claudia–, empezó a airear el asunto. Ellos reaccionaron moviendo los hilos de la realidad, tal como habían hecho siempre, durante cientos de años, a veces con grandes dificultades y contratiempos (gracias a este asunto ha podido saber que los hilos del mundo se manejan desde Zaragoza); pero ahora se encuentran con que ya no son los únicos que acceden a ese tejemaneje de los universos: hay competencia, nuevas formas de intervenir en esas capas de realidades, alguna de las cuales –como puede ver solo con ojear los

periódicos— se está descomponiendo. Usted puede pensar que la inmortalidad es solo el último gran negocio, pero lo que importa en todo esto es la literatura, la continua e incesante reescritura de los mundos.

—¿Cómo se ha enterado de todo eso?

—Oh —dice el detective—, he hecho unas llamadas.

—¿Y dónde está el cuento original?

—Eso es lo de menos —dice—, lo que importa es que el falso cuento que le han endosado a usted, funciona. Igual que otros muchos, innumerables versiones que permiten hacer y deshacer, engendrar nuevos universos cada día... Por eso estamos aquí charlando usted y yo.

En ese momento me doy cuenta de que el detective no es real (sea lo que sea eso) y que no consigo recordar cómo he llegado hasta su oficina. Y basta esa duda, ese hueco en la memoria, para que él se desvanezca en millones de píxeles o puntitos de colores que brillan como diamantes (intento coger algunos, para dárselos a Linda, pero se deshacen). El efecto dura menos de un segundo. La gramola permanece, igual que los escasos muebles (y yo mismo, de momento). No hay ni rastro de la caja de los cuentos. Reviento la gramola con un puñalito abrecartas y pulso una tecla al azar (esta actitud violenta, instintiva, contra el jukebox, la achaco a esa necesidad de forzar lo real para afianzarme: no me gustaría esparcirme en bolitas como ese hombre: espero que el detective se reagrupe de un momento a otro o no voy a poder seguir con esto).

Salgo a Independencia tarareando. Aprecio los ruidos, las obras. ¡Cómo me gusta la realidad! La oficina de la filial de Google está en Puerta

Cinegía. Cruzo la pasarela de chapa sobre las obras del tranvía; están tendiendo los raíles, casi se pueden tocar debajo de la lona las ruinas del arrabal bereber, Sinhaya. Todo esto existe, me digo mientras me pellizco el cerebro y repaso números de teléfono antiguos que me dicen quién fui. Antes de salir he buscado al detective por su oficina, los pedazos no habían caído al suelo, solo flotaban y se hacían cada vez más diminutos. Ante esa explosión, el cuento ya es lo de menos. Quizá estos trucos de ilusionismo son indicaciones para que me olvide ya de él, para que deje de buscarlo. Presiento que si abandono esa misión que me he autoadjudicado, quizá un autoempleo, me desvaneceré yo también en bolitas, energía que va y viene. Ese cuento que busco, esa pequeña tarea, como un sudoku de Escher, mantiene unidas mis piezas, me sostiene vivo y en marcha. No puedo pararme. El detective quería investigar las fechorías del padre de Claudia para no desaparecer (debía intuir que estaba a punto de deshacerse en pixeles): necesitaba la energía de los hechos, aunque fueran antiguos, el vigor formidable de una serie de crímenes ejecutados aquí mismo, en estas calles que quizá ya no soportan tantas capas de memoria.

La filial de Google ocupa un piso de oficinas que da a la parte de atrás del edificio, en la vertical del Tubo. Veo a Linda reunida con los jóvenes chinos en una sala acristalada. Jaime pasea con las manos en los bolsillos y, nada más verme, me explica:

–Cuando le dije que era comercial me refería a mi formación. Soy el director en funciones. En cuanto Linda se haga cargo es esto me iré a abrir la sucursal de Huesca. Si puedo ayudarle...

–He asistido a un episodio de desintegración –digo.

–¡Dios mío! –exclama–, ¿hace mucho?

–Cinco minutos.

–¿Cerca de aquí?

–Sí –digo–. En un despacho de la calle Zurita.

–Lo sabía –se exalta–, joder, joder, joder. Perdona, he de hacer unas llamadas. Esto... ¿ha desaparecido alguna persona?

–Sí –digo–, un detective.

–Gracias –dice–, le llamaré en cuanto pueda. Si me disculpa...

Me quedo mirando a Linda al otro lado del cristal. Intento dudar de los jóvenes que la escuchan atentamente, pero no consigo que se volatilicen.

Antes de que llegue el ascensor, vuelve a salir Jaime:

–¿Tiene su teléfono? –dice–, ¿el de ese detective?

Consultamos la hora para confirmar que seguimos vivos.

No hay nada nuevo. La vida sigue normal: nadie llama, no existo. He releído el falso cuento, apenas una retahíla incomprensible. Lo he sometido a varios programas de cabalística (han cerrado el Instituto de Estudios Islámicos y de Oriente Medio). El texto se ha quedado en nada. ¿Por qué me entregaría Claudia algo así? ¿Dónde está el que le vendí yo? ¿Era el mismo y se ha degradado con el tiempo, quizá por estar dentro de esa carpeta? Si lo he idealizado, ¿por qué no recuerdo al menos la versión sublimada, la que me ha mantenido culebreando, con mis moléculas unidas, todos estos años?

He olvidado al detective de la misma forma que olvidé al ahogado, igual que intento borrar a K. No hay nada que hacer. Siento una melancolía genérica, indefinida; intento adjudicarla a personas concretas para que se hagan cargo de ella, pero no se dejan. Hace demasiado que no velo por Enrique, quizá ya no está en el bar. Debería leer un párrafo de su novela. Sé por qué me gustó tanto: algunas sombras se rebelaban contra sus propietarios, la ausencia de la sombra les causaban tanta desazón a los originales que terminaban por suicidarse. Pero las sombras no podían vivir sin sus cuerpos e intentaban acoplarse a otros, como cuando los futbolistas se proyectan hacia cuatro lados. ¡Enrique, aguanta!. Tampoco yo me

encuentro muy firme: dudo de mis bolitas: lo del detective ha sido devastador, aunque deja un regusto festivo) Quizá me aferro a este teclado para no desaparecer. Me digo: ¡bolitas, no!.

El móvil me ayuda a saber en qué capa estoy: en una me lo han cortado por falta de pago (la más real, se es que subsiste ese ranking); en otra me permite hacer llamadas, aunque nadie contesta (esto también sería bastante real, de hecho es lo que ocurría siempre); en otra descuelgan y hablamos. En otra me contesto yo mismo hace unos años. Naturalmente, en cuanto me reconozco la voz, cuelgo (bueno, una vez he intentado avisarme de lo que iba a ocurrir, pero es evidente que no me he hecho caso –o que no me hice caso).

Descubro que la única solución o disolución es ponerme a escribir el cuento desde cero y contra todas las probabilidades del universo, de cualquiera de ellos, acertar con el orden de las letras y las palabras y que los dedos claven el original. Que los dedos se acuerden. Es imposible, por eso he de hacerlo. Por eso no lo hago.

Cada persona ha de ponerse a escribir ese cuento fabuloso que tal vez devuelva la paz al mundo y suavice la proliferación incesante de universos. Y no me refiero a los experimentos de la filial de Google, que todavía están en beta, sino a los mundos derivados de los cuentos. Del original y de los fallidos, de las copias de copias. Cada persona ha de escribir ese cuento: alguna acertará.

Llama uno de mis ex socios: 'No te vuelvas loco buscando el cuento: hace treinta y dos años le dimos el cambiazco a la clienta. Se lo vendimos a

un agente de la base americana. Ahora ya se ha desbaratado todo, nada funciona, así que te lo podemos contar. Tampoco hay mucho más; no nos atrevimos a decírtelo en su momento porque estabas empeinado con ese relato. Acepta nuestras disculpas. El hombre era un agregado de la embajada o algo así. Pero vamos, que estaba en la base. No sabemos cómo se enteró de que lo teníamos. El soplo debió de salir del mismo que nos lo vendió, porque fue él, el americano, quien nos llamó y nos ofreció comprarlo. (A no ser que fueras tú mismo, claro, el que le avisara. A estas alturas ya todo es posible). Él mismo nos entregó otro cuento para reemplazar el original, la verdad es que no lo leímos. Nos ha atormentado esta historia desde entonces, cada vez que tú sacabas a relucir la dichosa anécdota –y mira que te ponías pesado–, intentábamos reírnos, cambiar de tema. Pues bueno, ahora ya lo sabes. Repito que lo sentimos mucho. Y más, el tiempo que estás perdiendo desde que te pusiste a investigar. Mira que te avisamos.

–¿Por qué me lo contáis ahora?

–Por eso, porque no queremos que te vuelvas loco ni que pierdas el tiempo. Pensamos que te cansarías y que lo dejarías estar.

–Le dijísteis a Claudia que yo iba a investigar...

–Sí –dice–, eso fue cosa mía, lo siento.

–Te dejo, que me llaman.

(La inverosimilización del mundo es el mejor antídoto contra las muertes diarias. Cada minuto el cuerpo siente la tentación –o recibe una oferta– para morir. Cada minuto el cuerpo se pregunta cómo va todo, si

vale la pena aguantar, seguir forcejeando entre el CO2 y las eternidades, en esa horquilla fatal donde chisporrotea la fórmula del genoma. Cada nanosegundo se reinicia el universo e incorpora los pequeños cambios: todo es diferente. Trillones de veces decidimos no suicidarnos, estar alegres, seguir, independientemente del formato. Pero hay noticias que incitan a la desidia y al abandono: que mis ex socios me hubieran engañado no sería posible: en ese caso, desde aquel día de aquel año, estaría muerto).

Linda me llama: que vaya enseguida. Me hace pasar al despacho de Jaime. Se ha quedado seco, como si fuera una escultura. Me acuerdo del cuento de Borges que citó Pedro Santos la noche aciaga en que creí que me iban a tirar al río: el pelotón de fusilamiento se queda inmóvil y el protagonista del cuento asiste a ese tiempo extra que Dios le ha concedido para acabar su drama en verso; una gota de lluvia permanece en su mejilla. El cigarrillo de la última calada sigue humeando interminablemente en el suelo del patio...

Así está Jaime, como un maniquí de Adolfo Domínguez, con su teléfono pegado a la oreja. Linda me dice que yo soy el último que ha estado con él.

—Se te tiene que ocurrir algo.

—¿Y ellos? —digo—, señalando en general, refiriéndome a la empresa (a fin de cuentas se dedican a duplicar o crear realidades, quizá esto sean gajes del oficio), intento repartir la responsabilidad, que llegue hasta Wall Street.

—Los ingenieros son eventuales —dice ella—, están en prácticas. Los he mandado abajo a tomarse un café. Y yo, bueno, no me he atrevido a comunicar esto. No sé qué hacer... ¿Sabes al menos con quién estaba hablando?

–Ahora vengo –digo. Y cruzo la plaza de nuevo, las obras del tranvía, el paseo sin tráfico. Subo al despacho de la calle Zurita, le doy una patada a la vieja puerta, sin mucho ímpetu. A la tercera salta el eslabón. Allí está el teléfono del detective. En la gramola sigue sonando la canción de Georgie Dann. La desenchufo. Apago el móvil del detective. ¿Cómo pudo aceptar la llamada si estaba desaparecido? ¿Sigue aquí, en otro formato? Hago un intento de traerlo a gritos (hay que ser optimista):

–¡Luciano!

Intento llamar a Linda, la compañía no me deja (debo de estar en la realidad real).

Vuelvo a Puerta Cinegia. Jaime está acostado en el sofá, rígido, tarareando 'Bailemos el bimbó, bimbó, bimbó, que está causando sensación'.

Linda habla por teléfono. Llamo desde el fijo al ex socio que me ha telefoneado antes. Me doy cuenta de que su confesión partía de un supuesto imposible. Son y eran buenísimas personas y compañeros, y las tropelías que cometimos para sacar adelante aquella empresa las llevamos a cabo entre los tres, jamás nos ocultamos nada, y estoy seguro de que nunca hubieran vendido el cuento sin consultarme.

–¿Quién es?

–Yo.

–Hombre, ¿qué tal? Ya das señales. ¿Ya se te ha pasado esa fiebre del cuentico o qué?

–¿Me has llamado hace un rato?

–¿Yo?

–Sí.

–No que yo sepa. ¿Por?

–Nada.

–¿Comemos los tres? –dice–. ¿Cenamos? ¿Algo?

–No puedo, os llamaré.

–Vaya. Veo que sigues con la misma monserga. Mira que eres tozudo.

–Sí.

–Hala pues, cuando se te pase, ya sabes dónde estamos.

–Oye.

–Qué.

–¿Seguro que no me has llamado?

–¿? Estás peor de lo que pensaba. ¿He de preocuparme? ¿Quieres que haga algo? ¿Hemos de intervenir?

–No, gracias. Os llamo.

Se lo explico todo a Linda, que estaba mirando desde la puerta.

–Hay muchos desajustes –dice ella–, yo también los noto. No te creas.

–Qué me vas a contar –digo señalando a Jaime, que sigue con la canción, ahora a voz en grito. Pero se le ve contento.

Linda le pone un paño mojado con agua en la frente y Jaime se da media vuelta en el sofá y se queda como dormido.

–Lo malo –dice ella– es que esa confesión de tus ex socios también será verdad. Todas las realidades son ciertas. Alguien lo ha pensado, quizá tú mismo...

–No.

–He estado estudiando la documentación –sigue Linda–, esta tecnología interactúa con las otras, con todo, pero no deberían haberla probado todavía, no funciona. Claro que...

Se queda pensativa, pasa el dedo por el cristal, como si redibujara las torres del Pilar, que siguen al fondo de los tejados del casco antiguo, más o menos en su sitio.

–Qué –le digo.

–Que entonces yo no tendría trabajo.

–A veces hay que vivir en beta.

–Mira –dice–, puedo ensayar una metáfora de lo que he visto hasta ahora.

–A ver.

–El cerebro genera capas de consciencia, como si fueran fotogramas de una película. Nos parece que van todas seguidas, que la realidad es continua, pero es porque no captamos los huecos. El cerebro lo une todo en una secuencia.

–Casi mejor.

–Sí –dice ella–, pero esos huecos son enormes. En esos huecos se pueden entrelazar otras capas, otras lonchas de diferentes realidades. Ahora podemos verlas, seleccionarlas. Y crear otras nuevas.

–Bailemos el Bimbó –dice Jaime–, Bimbó.

Y en la calle, me llama K. Lo necesito más que nunca.

—¿Dónde estás?

—Aquí —dice.

—¿Dónde es *aquí*?

—No lo sé —dice—. Qué más da. Me sale gratis el teléfono. Ni siquiera necesito teléfono. Solo quería decirte que los gatos son animales superfluos. Y que las novelas han perdido esa capacidad de hablarle a la gente de lo que necesita para sobrevivir. Una novela debe ser un manual de supervivencia, ¿me entiendes lo que quiero decir? Entretenido, pero eficaz...

—¿Podemos vernos?

—Yo te estoy viendo —dice K—, si te tranquilizas me verás. Es un suponer. Déjame que siga con lo que quiero decirte: ya te dije que soy un fanático de *Menéame*, ¿sabes lo que es?

—Sí.

—¿Tú también eres un fanático?

—No, pero lo consulto.

—Vale —dice—. Pues allí nunca se habla de novelas. Jamás. Ese es el peor indicio que hay para la literatura.

—'Juego de tronos' —digo.

–¿Qué es eso?

–Una novela fantástica de Georgie Dann ay, perdona, se me va la cabeza. De George R.R. Martin. Y una serie de televisión, y más cosas.

–Ah –dice–, en eso falla mi teoría. ¿La has leído?

–Las veinte primeras páginas de un tirón en una librería –digo.

–¿Y qué tal?

–Bien.

–Pero en *Menéame* hablan de la serie –dice–, apenas del libro.

–¿Estás conectado?

–Siempre –dice–, y sin pagar.

–Cómo.

–Ni idea –dice K–, la mente es un navegador. Lo que quería decirte es que las novelas son un mundo que agoniza. El desinterés de *Menéame* es definitivo.

–Hay miles de sitios que hablan de novelas.

–Hazme caso –dice–, el síntoma *Menéame* es gravísimo.

–No es para tanto.

–Ah –dice K–, se me olvidaba. Te llamo porque he estado en el bar.

–¿En qué bar?

–En el de los escritores, en cuál va a ser.

–¿Has visto a Enrique Gómez?

–No –dice K–, no quiero decir que no estuviera, eh. Como no lo conozco...

–¿Y a Labordeta?

–Sí –dice K, orgulloso–, he hablado con él. Oye, por cierto...

–Qué.

–¿Tú le has dado a alguien a leer mi escrito?

–Claro –digo–, voy adjuntando el texto a los que aparecéis.

–A mí no.

–Perdona –digo–, creía que...

–Ya –dice K–, no pasa nada. Mándamelo, que me llega todo. El caso es que alguien habrá leído mi texto y me ha mantenido un ratito en el bar... ¡Qué sensación!

–Ya lo creo –digo, un poco decepcionado porque se pueda subir al bar por un texto adjuntado en un email (¿cuánta admiración será necesaria?).

–Ya me puedo morir tranquilo –dice K–, si es que quedan más grados, que no lo sé..

–Sí –digo, incómodo–, ¿y la pierna?

–Igual.

–Te adjuntaré todo. Ya verás que he hablado con Olga.

–¿Quién es Olga? –dice K.

–Olga, tu hija.

–No tengo ninguna hija.

–(...)

–¿Estás ahí?

–Sí.

–No tengo ninguna hija. Tengo tres chicos.

–Estuve con ella en el... bueno, en el tanatorio.

–¿!

–Y en tu piso del Coso.

–¿¿!!

–Y Claudia me dijo que Olga fue contigo a su finca a buscar el cuento.

–Escucha –dice K–, siempre quise tener una hija. Y si la hubiera tenido la habría llamado Olga. A Carmela le gustaba ese nombre.

–Ya –digo.

–¿Y qué tal chica es?

–Maja –digo–, y muy guapa.

–Gracias –dice K–, esto es lo mejor que podía pasarme... Si encontrara a Carmela...

–Me contó Olga que se acordaba de ti y de mí cuando era niña, dice que estábamos delante de la agencia, charlando al sol. Y que nos reíamos.

–¿Lo ves? –dice K–, ¿lo ves como pasamos buenos ratos?

–Sí –digo.

Pasa a buscarme Pedro Santos con su coche.

—Soy el único que aguanta el tirón —dice—. Mi madre me ha exculpado del suicidio de mi padre. Ya puedo ser libre. Claro que ha sido peor lo que me ha confesado ella. Si me dieran a elegir, preferiría quedarme con la culpa. Ya estaba acostumbrado, la llevaba con cierto garbo, ¿no cree? Usted me ha conocido con esa tonelada de culpa a la espalda. Te haces a todo. No hay oprobio que un humano medio no pueda sobrellevar. Ahora que lo pienso, hasta lo llevaba con algo de orgullo. A fin de cuentas esa culpa era yo, era un componente básico de mi personalidad, de mi identidad. Ahora tendré que buscar otra cosa, y no tengo muchas ganas. No encontraré nada similar a ese espanto formidable. Mi madre me ha dicho que engañaba a mi padre, y que por eso se suicidó él. Bueno, qué, ¿qué tal va todo? ¿Sigue buscando el cuento? Ahora si quiere podré echarle una mano. Me he despedido. Bueno, me ha despedido Claudia un segundo antes de que me despidiera yo. Demasiada presión. ¿Usted la nota?

—Así así.

—Demasiado estrés, demasiada angustia. Sólo hay que leer los comentarios para darse cuenta de que hay muchísima gente que sufre, estamos llegando al tope del resquemor. Por cierto, ¿podría dejarme la novelita de Enrique?

—Sí.

–Ah qué bien. ¿Se ha decidido a leerla?

–No.

–La verdad es que yo tampoco he tenido tiempo de leer sus últimos emails. ¿Ha avanzado?

–No.

–¿Y Linda?

–Bien –digo–, contenta con su nuevo trabajo.

–Le tengo que contar una cosa muy importante –dice Pedro–. He decidido volver a escribir. Tantos años escribiendo de negro, no sé si sabré ser yo mismo. Estoy entusiasmado. ¿Cree que llegaré al bar de Borges?

–K ha llegado.

–¡Qué rápido!

–Ha sido un momento –digo–, pero algo es algo.

–¡Ya lo creo! ¿Y qué tal?

–Genial.

–Joder que bueno –exclama–. Claro que yo... con esto de los ahogados... ¿Cree que será un impedimento?

–No–digo–, al revés: hay muchos escritores asesinos.

–Gracias –dice él–, necesitaba oír eso.

–Cuidado, el semáforo.

Un tren fantasma atraviesa el coche y morimos y todo sigue igual en el ciclo de los universos entreverados. Como ha explicado Linda, sobran capas. Se puede morir en una y seguir viviendo en las otras. Pruebo a llamar y contesta Linda. Le paso al móvil a Pedro pero él, muy centrado en

sus mismidad, parece que no se deja moldear y desdeña la voz de Linda, el hilo que le hubiera atado a esa vida que ya se ha ido; Linda hubiera podido retenerle en esta capa.

Voy tanteando a ciegas, tocando las paredes, haciendo llamadas más o menos perdidas a ver si la compañía –más objetiva que yo– me proporciona alguna pista. Oigo la voz de Linda contestando, le insisto a Pedro para que hable con ella, pero él ya se ha ido, ha cambiado de formato, de canal, lo que sea (alguna palabra hay que encontrar, también voy probando palabras para estas lonchas, describir el trasiego de yoes, la infinitud simultánea, el miedo a tantas novedades que, sin embargo, parecen antiguas). Quizá Google no ha tenido nada que ver en esto.

–¿Hola?

Le cuelgo a Linda. Seguimos circulando en el coche por las vías de la calle Benjamín Franklin. Ahora conduce Enrique Gómez.

–Tenía que volver –dice–, pero no sabía que era tan fácil. Solo hay que estar atento a que se produzca un hueco, una vacante. Este Pedro me ha hecho un hueco. Deje de mirarme, ¿pasa algo?

–No, ¿por?

–No tengo mucho tiempo –dice–, he de ir al despacho del detective ¿dónde estamos?

–Puede dar la vuelta aquí mismo –digo–, no hay nadie.

Me descubro dándole consejos a Enrique. Puesto que he sobrevivido (o lo que sea) al accidente, me siento con una cierta autoridad, casi

desparpajo. Esa euforia tonta del que está –o se cree– vivo. Le hago un poco de coach:

–Déjese fluir, procure no empeñarse demasiado en sí mismo, no se cebe en sus objetivos.

–Lo que me interesa es esa sinfonola –dice Enrique–, he de escuchar una canción. Voy a parar un momento. Si no le importa prefiero que conduzca usted. Veo las cosas como un dibujo de Francisco Meléndez. Las calles, el coche...

Me doy cuenta de que yo las veo igual, pero no le digo nada. Se conduce mejor por el dibujo, así que me limito a disfrutar de este mural... Además, el coche es del de Perdita Durango, con su volante formado por eslabones de una cadena: circulamos por una ciudad que se reconstruye (esos barrios de Pedro Santos quizá no existían, los debía de levantar él a su paso –¡qué potencial!).

Conseguimos llegar a la calle Zurita. Le digo a Enrique que me excuse, que estoy agotado (aunque sea por causas más prosaicas estoy a punto de volatilizarme como el detective: hace días que no he comido, ya dudo del andamiaje de mi antiguo cuerpo, quizá soy una idea, una obsesión: eso sería lo más cómodo).

–Se lo ruego –dice Enrique–, suba conmigo. Necesito un testigo, alguien que me vea. Usted es ahora el único que puede corroborar mi escasa existencia. En cuanto compruebe que en esa gramola está la canción que busco, en cuanto pueda escucharla un sola vez, le dejaré ir y podrá descansar.

—¿La canción no será 'Bailemos el bimbó' de Georgie Dann?

—No —dice—, no recuerdo el título porque estaba en inglés. Pero en cuanto vea el disco la reconoceré.

—¿Cómo ha sabido lo de la gramola?

—Por sus emails —dice—, ¿cree que no los leo?

—A usted no le he enviado ninguno.

—Qué más da —dice Enrique—, están en el aire... Bueno, en la nada.

—¿Vio a K en el bar?

—No —dice—, K no ha estado allí. Pero no le desengañe. Hay muchos sucedáneos, las ilusiones que nos hacemos en vida nos acompañan, y a veces nos persiguen; nos preceden, crean ambientes para hacernos más llevaderos los traslados...

Rozo la puerta con los nudillos, se abre lentamente y al entrar en el despacho se desvanece la envoltura de Francisco Meléndez y las cosas recuperan su apariencia habitual, mucho más desangelada. El detective y Claudia contemplan la calle en silencio desde la ventana, como en un cuadro de Hooper; él le aparta un mechón del pelo de la cara y ella deja un folio arrugado sobre la mesa. Me doy cuenta de que la ciudad se aguanta y permanece entera por la fuerza o la bondad de una sola persona, y creo que es la de Eloy, aunque quizá él no se da cuenta, o no lo hace queriendo (habrá que esperar al segundo tomo de sus memorias). Al desvanecerse los dibujos Enrique muestra su piel de pergamino antiguo, pero Claudia y el detective, sin duda ensimismados en sus propios problemas, no reparan en nosotros. Enrique repasa con el dedo la lista de canciones del jukebox:

–No he traído las gafas –dice–, ayúdeme.

Le doy una lupa que hay encima del archivador. La encuentra enseguida, la canción es 'Your mama don't dance', de Loggins and Messina.

Enrique sonríe como un niño.

–¿Cómo funciona? Póngalo en marcha, por favor.

Suena el jukebox. Escuchamos atentamente la canción, con la misma cara que ponía Borges en el casino. Enrique lleva el ritmo con el pie. Nos falta poco para ponernos a bailar. Claudia y el detective, apenas dos sombras, se besan.

Enrique toma el papel arrugado de la mesa, lo desdobla con cuidado y me lo entrega:

–El cuento. Publíquelo tal como está.

28 El cuento

Si usted lo desea esta línea la facilita la entrada a la inmortalidad.

En tiempos remotos convivieron tribus cuyos cerebros estaban dotados de diferentes velocidades de lectura y de escritura.

A través de millones de años (es una forma de hablar, ya que el tiempo es otra convención), llegaron a un acuerdo sobre las maneras de crear y compartir la realidad. Así, fijaron el rango y la frecuencia de las estampas que podían procesar, los límites para erigir universos nuevos, el devenir del tiempo, las constelaciones y el fulgor de los soles.

Complacidos en esa comodidad fingida de los estándares, los humanos olvidaron aquellos pactos ancestrales y llegaron a creer que sus vidas se reducían a esos límites que ellos mismos se habían dado.

Los cerebros —elásticos, maleables, obedientes—, porfiaron durante milenios en esas restricciones y olvidaron su capacidad original.

Sin embargo, algo dentro de cada persona le recordaba el poder infinito al que había renunciado. A esa evocación la denominaron 'nostalgia'.

Impelidos por un desasosiego cuyos orígenes desconocían, luchaban a muerte entre ellos, buscando las excusas más peregrinas para justificar sus

atrocidades. Esta angustia inexplicable les urgía a destrozar el universo cada vez más eficiente que ellos mismos se habían dado.

Todo esto se ha conservado en este texto que usted tiene en sus manos; generaciones de cuentistas (así han querido llamarse) se lo han pasado de unos a otros desde la remota era de los estándares.

La primera condición para custodiar el cuento era aceptar de buen grado las servidumbres de la infinitud (entre las cuales la del aburrimiento no era la menor). La segunda condición era leer solo la primera línea.

Cada depositario o cuentista pudo decidir libremente en qué momento debía designar a un sucesor y cederle la custodia secreta del original. (Algunos redactaron notas reflejando los desafíos de su extraño oficio. Uno escribió que el hastío le hizo olvidar su misión; otro, que la tentación de modificar el texto original le obligó a abdicar; un tercero —que leyó el texto— pretendió iluminar a la humanidad y difundió copias: nadie las leyó ni se ha encontrado mención en parte alguna, lo que sugiere que el cuento supo preservarse solo).

El propio cuento, por su mera existencia, da poder a la persona que lo lee para entrar en él y, una vez sosegada su alma entre la hondura de sus líneas, revivir el poder de los antepasados cuyos cerebros, aún vírgenes, les permitían engendrar realidades y habitar en ellas sin más límites que el recogimiento o la voluntad de acceder a las que podían crear los demás.

El párrafo anterior faculta a quien lo haya leído atentamente (y quizá esta sea ya una condición imposible de acatar) para levantar mundos enteros y para acoplarlos o adaptarlos a los que vayan erigiendo otras

personas que, llegado el día de la publicación –o sea, hoy–, así quieran hacerlo.

El cuento ha esperado la llegada de un medio universal e instantáneo, el único que puede ocultar el texto en la rueda de las repeticiones y en la exhibición permanente. La difusión universal permite que se activen los poderes ancestrales de cada persona y se reabran las puertas de los múltiples universos que cada cual trae desde el origen dentro de sí y que habían sido sacrificados para conformar un ámbito común cuya caducidad el mismo cuento debe señalar, como así hace en este momento.

29

Al salir del despacho del detective me encuentro a Linda y me dice:
-¡He vuelto a escribir!

30 Epílogo

Días después (ya había encontrado a alguien que quisiera firmar y difundir este informe) estaba haciendo cola de la Unidad de Suicidios Asistidos cuando recibí una llamada de Jaime. No contesté porque en ese momento llegaba mi turno. (La fila se extendía hasta la plaza de toros, donde confluía con la de los abonos de los festejos, con la consiguiente confusión: más de un aficionado pretendía canjear su pase de sombra por el codiciado descanso perpetuo que ofrecía la sanidad pública).

Mi idea era conseguir un tránsito definitivo, sin las ambigüedades que había presenciado y quizá sufrido en los últimos días. Pero –tal como me informaba el funcionario–, la administración solo garantizaba el óbito básico, tradicional, a todas luces insuficiente ante la exuberante multiplicación de universos y realidades acerca de los cuales ya se debatía en los foros y tribunas: se achacaba esta proliferación a Google, a su competencia y a las agencias secretas de los países que estaban de moda, aunque la propia variedad de mundos (al menos uno o dos por persona) ya había pulverizado las antiguas formas de conocimiento y de interpretación de la totalidad. El universo unívoco o el “cero”, como se empezaba a llamar a la etapa anterior, –que parecía tan remota como el día del big bang

(también ahora cuestionado sin remedio, pues cada cual decidía a voluntad el origen y las características de sus mundos)—, resultaba incomprendible.

Los que habíamos leído el cuento o alguna de sus variantes apócrifas, veíamos que su publicación iba a llegar tarde, pues sus revelaciones ya habían sido desbordadas por los hechos (lo que, en cierto modo, venía a confirmar su propia predicción o, como me dijo Claudia, el valor profético).

Además de los experimentos de Google, debió de influir la predisposición del estado de ánimo de la ciudadanía, que en general estaba ya cansada del monótono universo anterior, colapsado de deudas y agotado de sufrir un atasco que parecía irresoluble. Aunque los científicos lo comunicaron con mucha cautela y advirtieron que podía deberse a errores de cálculo, el anuncio de que los neutrinos podían ir más rápido que la propia luz desató la euforia y seguramente contribuyó a energizar los poderes de cada cual. Al mediodía (de antes, claro) ya no quedaban más que un par de corresponsales en la antigua realidad y sus crónicas, pura arqueología, resultaban indescifrables. Decidieron abandonar ellos también esa capa que, quién lo diría, había acogido —y constreñido— durante millones de años a la humanidad.

El asombro por poder asistir al infinito en toda su amplitud nos mantenía como flotando. Esta era una de las razones por las que me había inscrito a la recién creada Unidad de Suicidios Asistidos (también, por algo de fatiga, un poco de esnobismo y por ese mínimo alivio de esquivar la

factura del móvil), pero exigían demasiados requisitos y, como repetía el funcionario, no garantizaban nada:

—Y menos ahora —añadió señalando el desbarajuste de capas y secuencias que se entrecruzaban hasta donde alcanzaba el pensamiento.

Además, para obtener ese tránsito incompleto había que demostrar la ausencia de deudas: una factura impagada de teléfono, el recibo del agua sin abonar o una multa de parquímetro ya invalidaban el trámite. También había que pagar las tasas del notario y presentar los justificantes de conformidad de seres queridos y allegados (CSQYA).

Mientras estudiaba el papeleo volvió a llamar Jaime y —cosa curiosa— llegué a su oficina antes en persona que mi voz por el móvil. Bien mirado, solo por practicar con estos prodigios ya valía la pena quedarse un poco más, pero se me había metido en la cabeza dejarlo estar, acabar ya con este caudal de *déjàviews* y mundos amontonados. Además, las nuevas posibilidades estaban llenas de publicidad (de momento de sí mismas).

Jaime, sin más preámbulos, me dijo que mis habilidades para determinar en qué universo o en qué nivel de realidad nos encontrábamos, así como para actuar en situaciones comprometidas (por ejemplo, la suya cuando se quedó empanado con la gramola), le habían llevado a ofrecerme, si me convenían las condiciones, el puesto de inspector de realidades.

—Se nos amontona la faena —añadió—, ya le advierto que fácil no va a ser.

Le dije que le respondería en un minuto o en un millón de años y salimos al múltiple atardecer tarareando a dúo mentalmente *Bailemos el*

bimbó, bimbó y Habrá un día en que todos al levantar la vista veremos una tierra que ponga Libertad.